



U  
N

A

E  
A  
S

**ELLAS  
NO FUERON  
CONTADAS**

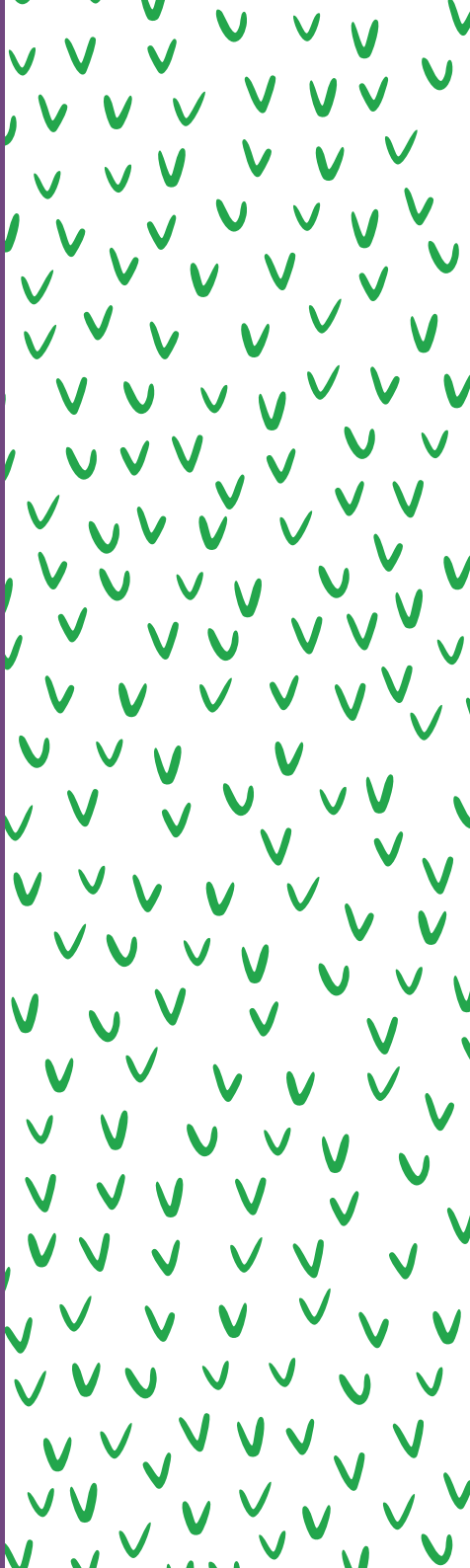
Historias de mujeres  
y diversidades por autoras  
bonaerenses

“Ellas no fueron contadas” es un concurso literario que tiene como objetivo convocar a las mujeres y LGTBI+ de la provincia de Buenos Aires, a narrar historias de vida en clave de género y con anclaje en el territorio bonaerense. En esta segunda edición, además, sumamos las categorías ficción y autobiografía, y recibimos un total de casi 500 textos.

El presente libro compila los 15 relatos que resultaron ganadores de la segunda edición, y fueron seleccionados por un jurado compuesto por Araceli Bellotta, Claudia Piñeiro y Marta Dillon.

“Ellas no fueron contadas” recupera una convicción de los feminismos en torno a la ausencia de relatos inscriptos en la visión de y sobre las mujeres y LGTBI+; como así también de nuestra voluntad de gestionar espacios culturales que hagan mella en la narrativa patriarcal vigente. En ese sentido, nuevamente convocamos a ilustradoras bonaerenses para que le pusieran imágenes a cada uno de los textos que hoy presentamos en formato libro, papel y digital.

Desde el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual, agradecemos profundamente a todas las personas que lo hicieron posible y reafirmamos nuestro compromiso de visibilizar, nombrar y reconocer a las mujeres y LGTBI+ que forman parte de la historia provincial.



**Ellas no fueron contadas**

**Axel Kicillof**

Gobernador

**Verónica Magario**

Vicegobernadora

**Estela Díaz**

Ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual

**Lucía García Itzigsohn**

Directora Provincial de Comunicación

**Soraya Polonara**

Directora de Comunicación y Diseño

**Diseño**

Sara Guitelman

**Edición**

Lucía García Itzigshon

Soraya Polonara

Sandra Russo

Jazmín Soria

Cecilia Valdéz

**Ilustración de tapa**

Julieta Longo

**Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual**

<https://www.gba.gob.ar/mujeres>

contacto@ministeriodelasmujeres.gba.gob.ar

@minmujerespba

(221) - 429 4000

Calle 53 N°510 e/ 5 y 6 - La Plata (1900)

Julio, 2022

# **Ellas no fueron contadas**

Historias de mujeres y diversidades por autoras bonaerenses

# ÍNDICE

PRÓLOGO

**Seguir contando,** Estela Díaz 9

RELATOS

HISTORIAS DE VIDA

**Un puerto engendra a Nancy Capitana** 13

Gloria Evangelina Barberis | ILUSTRACIÓN: Pilar Romero

**Si llego a escribir** 27

Silvia Beatriz Giglia | ILUSTRACIÓN: Nadia Mayol

**Relatos sobre batallas, batallas sobre relatos** 37

Florencia Aldana Gastaminza | ILUSTRACIÓN: Silvana Pezzano Rickert

**Una más** 45

María Inés Pazzaglia | ILUSTRACIÓN: Clara Zúccaro

**La Seve** 59

Gabriela Bing Maneiro | ILUSTRACIÓN: Julieta Álvarez

**Fuego de noche** 69

Gisela Console | ILUSTRACIÓN: Guadalupe Podestá

AUTOBIOGRAFÍA

**No quiero ser hombre, lo que no quiero es ser mujer** 79

María Mabel Levi | ILUSTRACIÓN: Julieta Nahir Pereira Rodrigues

**La gorda del curso** 91

Victoria Grinstein | ILUSTRACIÓN: Lucía Paul

**Invisible** 105

Carla Lucía Francolini | ILUSTRACIÓN: Carola Bagnato

**El rompecabezas de un monstruo** 119

María Fernanda Martins | ILUSTRACIÓN: Julieta Spalletti

FICCIÓN

**Mala madre** 135

Silvia Beatriz Matarasso | ILUSTRACIÓN: Sofia Alberich

**Los mochos** 147

Florencia Di Paolo | ILUSTRACIÓN: Ana Mac Donagh

**Mami** 163

Alejandra Petrella | ILUSTRACIÓN: Victoria Blanzari

**Sortilegio de protección** 173

Ana Gloria Morales | ILUSTRACIÓN: Julieta Acosta

**Bordes perfectos** 183

Natalia Brandi | ILUSTRACIÓN: Magalí Martínez Barletta

## ELLAS NO FUERON CONTADAS, HASTA AHORA

En el año 2020 la provincia de Buenos Aires celebró 200 años de historia y, en el marco de los festejos, desde el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual lanzamos la primera edición del concurso *Ellas no fueron contadas*. La intención era -y aún es- narrar las historias de vida de mujeres y LGTBI+ que dejaron huella, que fueron protagonistas en luchas y movimientos y que constituyen la memoria colectiva del vasto territorio bonaerense. Participaron entonces 81 personas.

Para esta segunda edición elegimos ampliar a tres categorías: historias de vida, autobiografía y ficción en clave de género. Lanzamos la convocatoria en agosto del 2021 y cerramos esa instancia, en octubre, con la alegría de haber recibido 493 textos participantes. La historiadora Araceli Bellotta, la periodista Marta Dillon y la escritora Claudia Piñeiro oficiaron de juradas, y juntas eligieron premiar 15 relatos que hoy presentamos en formato libro, y que no sólo existe en papel, sino que también está disponible en la web y es de descarga gratuita.

Una vez más, invitamos a ilustradoras bonaerenses a que pusieran imágenes al conjunto de historias que forman esta obra. Cada relato refleja movimientos sociales, tejidos en tramas personales, que transforman el dolor en arte, las luchas en triunfos y la soledad en redes de solidaridad.

Frente al desafío ético y político de contar otras historias, elegimos hacerlo de manera colectiva, convencidas de que es el pue-



blo quien mejor puede dar testimonio de cada paso dado en la construcción de ese otro mundo posible, uno donde el amor y la igualdad son fuente de encuentro y punto de inflexión de las transformaciones que aún nos faltan. Tenemos la voluntad de que este concurso sea permanente, queremos convocar a la escritura a todas las mujeres y LGTBI+ bonaerenses sin distinción.

En este “*Ellas*”, la fortaleza ante el dolor es el elemento transversal y, sin dudas, constituye un rasgo de la identidad bonaerense. Desde el acceso a la educación en la adultez, hasta el relato de la salida de la violencia machista; pasando por el dolor de callar un amor entre personas del mismo sexo; por la historia de mujeres que participaron en batallas por la soberanía, y en el reconocimiento del propio cuerpo como territorio inalienable, este libro recoge la diversidad y la potencia de la que estamos orgullosas y orgullosos.

Conscientes de que un texto puede no cambiar el curso de la historia pero puede, en cambio, prepararnos para la siguiente caída. Para que la próxima vez que alguien esté de rodillas frente a las violencias y desigualdades, sienta que hay un nudo en la red del que se puede agarrar. Tender un puente entre las ideas y las realidades con la poderosa palabra; atar los cabos aparentemente sueltos, esos que parecieran rompernos por completo y que, sin embargo, hemos tejido desde cada rincón de la tierra. Mujeres, lesbianas, gays, travestis-trans e intersex, de los bordes al centro, del silencio al arte, para que nuestras historias sean contadas.

## Seguir contando

Estela Díaz,

Ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual.

Decíamos el año pasado que presentábamos una política cultural del Ministerio que tendría continuidad. Aquí estamos prologando la segunda edición del concurso *Ellas no fueron contadas*, con la alegría que representa la impresión de un libro. Podemos leer en la web, desde la compu o el celu, y no es lo mismo. Por eso el reconocimiento para los textos seleccionados contempla la impresión en papel, con cada relato ilustrado por una artista plástica bonaerense, transformando al propio libro en un objeto estético único.

El concurso creció en propuestas que diversificaron las escrituras y en quiénes se sintieron convocadas para presentar sus escritos. Se quintuplicó la cantidad de relatos presentados. Coincidió el jurado en la dificultad para definir los primeros premios y menciones por la muy buena calidad de la mayoría de los textos. Algo a destacar, teniendo en cuenta que para muchas fue su primer escrito “profesional”, realizado especialmente para este concurso. Datos que nos confirman que si tenemos oportunidades, somos capaces de producir

hechos artísticos culturales de manera masiva. No es un tema de genios ni de iluminados. Es una experiencia personal, inscrita desde una práctica social y comunitaria, que es posible cuando nos acercan las herramientas y oportunidades para expresarlas. Ahí nuestras historias, experiencias, saberes, inquietudes y reflexiones surgen y se recrean desde diversas expresiones del arte, en este caso, desde la escritura narrativa.

En tiempos de crisis como el que atravesamos, transitando las pandemias neoliberales y de Covid 19, está claro que necesitamos trabajo, alimentos, salud y educación; pero tanto como eso nos hace falta el alimento cultural. El Estado tiene que estar ahí para convocarnos, acompañar y alentar.

Recuperar historias de personas significativas en las comunidades, reconstruir la propia experiencia y narrar desde las ficciones con perspectiva de género es una convocatoria que crece y está produciendo materiales que vinieron para quedarse en nuestra memoria, acervo e identidad colectiva bonaerense.

# HISTORIAS DE VIDA



# **Un puerto engendra a Nancy Capitana**

Gloria Evangelina Barberis

## GLORIA EVANGELINA BARBERIS

Nació en Quilmes, provincia de Buenos Aires, el 25 de julio de 1945. En el año 1960 se mudó junto a sus padres a la ciudad de Mar del Plata, tenía 15 años cuando comenzó a trabajar en una oficina inmobiliaria, mientras estudiaba en una academia comercial “Teneduría de Libros” y materias afines a un secretariado comercial. Con el tiempo tuvo distintos trabajos en estudios contables, militó en la FEDE (Federación Juvenil Comunista) y terminó el bachillerato en una escuela nocturna. Ingresó a la Carrera de Ciencias Políticas y, al momento de terminar las cursadas -el año del golpe de 1976-, le quedaron 11 materias sin rendir. Ese año se casó con Juan Carlos Wlasic y tuvieron dos hijos varones y una mujer. A la fecha, sigue su trabajo en organismos de Derechos Humanos y en el Centro de Apoyo a la Mujer Maltratada (CAMM).

## PILAR ROMERO

Ilustradora | @pilarromeroilustracion

Nació en 1978 en La Plata, es Diseñadora en Comunicación Visual graduada de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata, e ilustradora. En la actualidad forma parte de BRUMA, un proyecto editorial de fanzines feministas y autogestivo, formado en el año 2019 por tres amigas en la ciudad de las diagonales.







## Un puerto engendra a Nancy Capitana

Nunca es una guardia más, cada mujer, el día que toma la decisión de expresar sus pesares, silencios y angustias, lo hace como si su cuerpo fuera un cráter volcánico, un agujero en llamas. Esa fuerza natural traspasa la puerta del Centro de Apoyo a la Mujer Maltratada de Mar del Plata: el miedo y el coraje de la primera vez. Esa tarde, una mujer toca la puerta, abrimos y entra un cuerpo grande, decidido, hermoso, desde la sedosidad de su pelo hasta sus manos habladoras. Nos presentamos, ella dice “no sé si este es el lugar, pero me han dicho que intente contar acá lo que me sucede. Soy capitán de barco, en el puerto de Mar del Plata está la embarcación que comando, anclada, haciendo trabajos de mantenimiento; un grupo del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos subió el tono de agresión y la frase ‘puta autoritaria’ fue lo menos que me dijeron. Cuando la tripulación está en tierra, parte del trabajo es la limpieza a fondo del mismo, los marineros a mi cargo respetan las indicaciones, el vínculo con ellos está

bien. Parece que la jerarquía del Sindicato, que observaba y escuchaba, no tolera que una mujer esté al frente de esa veintena de hombres”.

Supimos que te llamabas Nancy, que fue tu hermana desde Puerto Madryn quien te dijo que hicieras una denuncia ante un espacio que entienda sobre violencia de género. Cuando llegaste, eran poco más de las dos de la tarde de un otoño que a las cinco nos hizo prender la luz mientras te despedíamos, luz que chocó con la que vos dejaste. Cada vez que decías “capitán”, corregíamos, capitana; te sonreías con ese gesto que da la confianza de haber atravesado todas las tormentas. Las del mar, muchas, las de la vida, más. Con los abrazos llevaste un tríptico del CAMM, que dice “la violencia contra la mujer es el resultado de repetidas situaciones de malos tratos, que al no detenerse a tiempo van aumentando en intensidad, pudiendo llegar a situaciones de extrema gravedad”. Detalla el maltrato físico, psicológico: “si te empuja, si te da cachetadas, si te muerde, si te escupe, si te humilla, si se burla, si controla y/o impone sexo; niega o saca bienes”. Esta fue la señal de faro hasta cada orilla desde ese día, te dimos un contacto con la Secretaría de Género de la CGT y la Multisectorial de la Mujer. Y desde entonces, continuarías tu lucha desde esos espacios.

Maltrato. Miedo. Amenaza. Humillación. Acoso. Burla. Golpe. Discriminación. Las palabras del tríptico subían en imágenes deformadas por el tiempo, se estrellaban con los paisajes desolados de aquel Trelew donde naciste, tu bautismo, Nancy Jaramillo. Luego la Madryn que no está en la guía para turistas en busca de ballenas, el asentamiento donde los ocho Jaramillos acomodaron sus vidas. No como pudieron, no como

quisieron, no como eligieron. Desde ese otoño, en pleno verano de tu vida, el barco fue un pájaro de acero; con las tormentas, un águila. El timón un rosal sin espinas, pértigo de sueños. Nancy, una de seis hermanos, su mamá repartía las galletas Aventura, seis a cada uno y las otras cuatro divididas en partes iguales. Siempre mate cocido, nueve años y una infancia trabajando vendiendo agujas e hilos por las casas. El hambre era tan triste como las palizas de ese padre violento de tristeza.

Cumplía diez años Nancy, de la mano de su pequeño hermano salió esa tarde de julio, bellotas de eucalipto buscaban en ese monte de Puerto Madryn; la pesadilla que nunca más dejó que Nancy festejara su cumpleaños. Horrísono. Inhumano. Alimaña. Atrapa su confianza, desarma la ropa. La piel de Nancy se hace añicos, su corazón se cuaja, su hermanito grita. No suelta su mano, el ahogo es uno, atraviesa el monte. Las ramas de eucaliptos crujen desoladas, la culpa la atraviesa. El miedo, no decir nada. Nancy va a la escuela, no dice nada. Nancy vende carbón, limpia casas, partida como las galletas, nadie ve sus pedazos. Sus dedos asomados por las zapatillas caminan lastimados por las calles. En la casa, descalza. La ropa crece con ella, se hace finita, se rompe. Como la niñez de Nancy, se rompe.

Nancy tiene un bello recuerdo que asoma en la oscuridad de su relato, una de sus hermanas organizaba el baile de egresados. Juntar plata para un viaje al que sabía que ella no iría, pero la alegría del festejo se compartía. No había DJ, un muchacho con oficio en esos temas se ofrecía gratis. Nancy nunca se olvidó del nombre, Ammiel. Algo bueno para no olvidar nunca. Entonces Nancy pone Ammiel a ese hijo que

tuvo casi niña. La pesadilla se aviva como una lava en plena erupción volcánica. Embarazo, un novio no deseado, impuesto a puro miedo. Ese muchacho, empecinado con ella desde los doce años, la acosa, la amenaza, la rodea. Abatida. Desarmada. La culpa, esa casa que Nancy cuenta de bloques uno sobre otro con un piso donde la tierra se empareja, se hunde en el reproche, los gritos e insultos.

La vergüenza se hace culpa, la culpa bronca, la bronca fuerza, la fuerza de salir a buscar trabajo. Las changas no alcanzarían ¿dónde hay un sueldo fijo? ¿Dónde? Acaso en La Armada, allá va Nancy: no, con un hijo no; entonces en la Policía, no, con un hijo no. El “no” cierra toda posibilidad, las puertas en Prefectura apenas se abren, dicen “para mujeres un curso de camarera”, sí.

El padre de Ammiel quiere casarse, el padre de Nancy también pretende lo mismo. Otra vez la amenaza, trabajar no, camarera no. “Si me dejas te mato. Mato al nene. Me mato. Con qué vas a mantener a tu hijo. Te lo robo. Me lo llevo”. Nancy crece con la fuerza del eucalipto, pesa cincuenta kilos, “yo no me caso”.

Ya gaviota, rosa de los vientos, vender carbón a las lunas, agujas e hilos a los vientos. Cantar con las sirenas, zarpar vestida de sal. La Virgen del Carmen. Escapulario. Stella Maris. Poseidón. Mascarones. Niebla que desnuda a las estrellas, pescados calcinados por el sol. Orillas blancas, noches azules, bufandas de nubes. Vientos que cruzan todos los miedos. Olas mansas, bravas olas, sangrado de salitre. Proa. Estribor. Cubierta. Timón. Bodega. Redes. Estibar. Zarpar. Millas. Mar adentro. Tempestades.

En Prefectura le dicen que no hay mujeres y nunca cambiará la historia, pero hay un curso de Camarera. Nancy lo hace, obtiene las mejores notas, llega el aviso del trabajo: hay que salir de Puerto Madryn. Le dan ciento cincuenta pesos para manejar sus gastos hasta el embarque, se queda con poco. Un buen hombre, llamado el viejo Polo, encargado de ese grupo que parte a Mar del Plata con la ilusión de embarcar, le dice que pasará dos menstruaciones, que lleve lo necesario. Un baño de lava incendia la cabeza, la cara y el cuerpo de Nancy.

Viajó arrollada en los sentimientos de la despedida con Ammiel, que aún no caminaba. Ella que siempre había usado esos trapos que luego lavaba hasta lastimar las manos, para poner al sol y rogar que se secan pronto, porque hasta esos trapos faltaban. La idea de encontrar una farmacia era su meta, por suerte esos pocos pesos le alcanzaron para el paquete más grande de algodón.

Risas y parloteos llevaron a ese grupo de hombres y a ella hasta un bar, ahí vio pasar la comida y bebida que no podía pedir, no tenía ni un peso. De pronto, un platito con sachet de condimentos de cuatro colores diferentes, ella sólo conocía la mayonesa que preparaba su mamá. Con disimulo que pronto se descubrió, se guardó algunos. Luego del bar caminaron hasta el barco Antonio Álvarez. Ni nombre de pájaro, mar desconocido, planeta a descubrir, galaxia, estrella perdida, isla, árbol, puerto. No, ese barco que Nancy imaginaba en sus sueños, pesadillas, insomnios y vigiliass, se llama como una persona, nombre de varón. Su primer contacto fue cuando sus pies pisaron la escalera mecida por el mar. Dieciocho años, cincuenta

kilos, la boca seca, el pecho latiendo descompasado, el estómago ardiendo de un hambre antiguo. Estremecida, así sube Nancy aquel febrero de mil novecientos noventa y seis. El viejo Polo le dice que todo lo que hay para comer en el barco, todo, es para todos. Desde ese día, la necesidad de poder comer se alejó para no volver. Sus ojos devoraban los canastos de pan, frutas, verduras, quesos, dulces, carnes, fiambres, huevos. Lo que se veía y lo que se podía desear, ahí estaba.

Los camarotes se comparten, a ella le toca con el cocinero. Durmió vestida, como lo hace hasta hoy. La tripulación de más de veinte varones era atendida por la camarera, igual que la limpieza del barco. Sus manos tenían alas para cortar verduras, abrir pollos, preparar milanesas, batir huevos, lavar platos, ollas, repasadores, toallas, cepillar hules. La ropa que tenía que usar hacía más pesado cada movimiento, dos meses de mar en el Antonio Álvarez, con sus tormentas, sus miedos, su empecinado deseo de un sueldo fijo para que su hijo tenga otra vida. Nancy miraba y aprendía. Novicia del mar, de un barco de pesca, virgen como la espuma, plateada como los peces danzarines en las redes. Los rayos y truenos de todas las tormentas alimentaron su vigor. Las mañanas de sol entibiaban esos pechos que aún amamantaban en sueño. Los días de lluvia limpiaban con ella, lo que queda después de la limpieza. Sin bailes de carnaval, ni miércoles de ceniza, tampoco Semana Santa, ni sábado de Gloria. Su Pascua, el sueldo fijo. Aprender el oficio, la estrategia para ganar el respeto de esos varones. Ir perdiendo el miedo, saludar esa niebla de esperanza que de tanto deseo perdía su espesor de niebla, dejando pasar al sol sanador de heridas.

Nancy, de aquella empresa Conarpesa, Herengus, Hamaltat, Wanchese, entre tantas otras. Operaria de planta, atrás quedó la Camarera. Ahora el pesado trabajo en los llamados pozos, realizando tareas de carga, lavado, preprocesamiento y estiba. De las bodegas a clasificar, de ahí a marinera de cubierta. Los años pasaban, su dedicación crecía. Como Ammiel, crecía. Aquel niño que cuando la volvió a ver, luego de su primer embarque, no la reconoció, ya caminaba. Sabe que se perdió la emoción de los primeros pasos, las primeras palabras, agarrar la cuchara, los juegos de esa infancia desmaternada.

Tanto fue el empeño que, con la experiencia de marinera, ingresó a la escuela de Pesca de Mar del Plata: el mejor promedio en sus exámenes. Su admisión fue discutida y cuestionada por las autoridades y hasta por algunos compañeros de las clases. En el 2003 logró su título de Patrón de Pesca Costera, así no más, patrón. No le permiten el otro paso, llegar a Piloto de Pesca. La historia no podía negar su historia, avanzaba con los años. Como las tormentas, el nombre de los barcos por los que fue pasando, Ammiel en la escuela, las navidades y los cumpleaños, los miércoles de ceniza y las fiestas patrias, las muertes y los nacimientos, las cosechas y el sembrado.

En un 1° de mayo hay un reconocimiento para Nancy, mientras ella está navegando. De plata de escamas y dorado de polvo de estrellas: premio a la trayectoria, las manos de los Jaramillo lo recibieron con orgullo, húmedas de penas ancestrales.

Pasaron diez años, Nancy seguía estudiando. Desde aquel reconocimiento, fue Segunda Oficial de Pesca. Se embarcó en



el Wanchese, como Primera Oficial, es decir, como la segunda figura al mando del buque después del capitán. Siempre demostrando sus saberes, siempre peleando con la burocracia, con los mandatos patriarcales. Las brujas de Salem resucitan. Resucitan las ciento veintinueve mujeres quemadas en la fábrica Cotton de Nueva York. El humo violeta las envuelve con cada avance de su lucha, por su lugar, por el de otras mujeres. En el 2007 estuvo un año sin bajarse del barco, apenas unos ratos en algún puerto, alguna breve llamada familiar.

Es mala suerte subir a una mujer a un barco, ya decía Napoleón “las mujeres son máquinas para tener hijos”. Hasta la edad media, las mujeres no tenían alma, si no fuera por Eva aún estaríamos en el paraíso. Las mujeres aún no tienen la mitad del cielo y al techo de cristal no llegan mariposas. Nancy Capitana de relevo del Miss Tide, termina el secundario. En el año 2016, venciendo todas las tormentas, es capitana efectiva del buque Erin Bruce. Como aquella tarde que pasó por el CAMM, con el peso de los insultos de los que resisten la historia, pasó por programas de radio, televisión, diarios, revistas. En Argentina hay una Capitana de Barco que hasta hoy duerme en su propia casa con el corpiño puesto, que nunca más pasó hambre. Su hijo creció sano y alegre, hoy es abuela de dos nietos y su mamá vive con ella. De tanto en tanto visita a aquel padre, violento de tanta tristeza. Las hermanas, los hermanos, los sobrinos y sobrinas ocupan su corazón, tan enorme y luminoso como el mar. Nancy milita en la defensa de los derechos de las mujeres y disidencias, por la igualdad de oportunidades y mejores condiciones de trabajo en la ONG de la Multisectorial de la Mujer de Mar del Plata, y está com-

prometida en el proyecto de ley que obtuvo media sanción el pasado 20 de mayo, para el cupo femenino y de diversidad en la flota pesquera, denominado Régimen de Promoción y Participación de las Mujeres y Diversidades en el Sector Pesquero.

En el mes de agosto del 2021 el Concejo Deliberante del Partido de General Pueyrredón expresa un reconocimiento a la trayectoria de Nancy. Humo violeta, las sirenas enrollan sus colas, los cantos vienen quién sabe de dónde, pero vienen, los marineros ya no bailan con la muerte cuando Nancy timonea sonriendo con las gaviotas.



# **Si llego a escribir**

Silvia Beatriz Giglia

## SILVIA BEATRIZ GIGLIA

Nació el 29 de enero de 1963 en C.A.B.A. En 1965 su familia se trasladó a San José, Temperley, barrio modesto y con pretensiones en el que orgullosamente vive. Estudió en escuelas religiosas, allí supo alejarse de la mística y la liturgia así como reconocer en las monjas la cultura del trabajo en pos de sus propias convicciones. Hizo el profesorado y la universidad en “la pública” (donde se produjo el encuentro con las cosas que están más allá de su propia nariz), se recibió de profesora en Ciencias Naturales y de Psicóloga.

En 2009 publicó “El libro del hogar”, un texto que reúne veintidós relatos breves de situaciones barriales donde asoma un tono siniestro.

Luego de 30 años de actividad en educación y salud pública se jubiló, pero al día de hoy se dedica con tiempo y gusto a seguir estudiando y a escribir. Cree que para combatir el colonialismo cultural hay una herramienta al alcance de cualquiera: recuperar, practicar y defender los modos del habla local.

## NADIA MAYOL

Ilustradora | @nadia\_mayol\_dibuja

Es Diseñadora en Comunicación Visual, ilustradora y docente. Estudió en la Facultad de Artes de La Plata; y vive y trabaja en Brandsen, provincia de Buenos Aires. Se desempeña en el universo editorial desde distintos lugares, diseñando, diagramando, encuadernando, escribiendo e ilustrando. Colabora en proyectos para diferentes editoriales y organismos relacionados a los feminismos.





## Si llego a escribir

La reducción al pintoresquismo es una de las formas de la descalificación, si lo que buscás es bajarle el precio a una gesta metele pastelitos, paraguas y cintas de colores. Ahora, si necesitás borrar el acto heroico de una mujer tenés como en botica: arrugas, canas, ropa, timbre de voz. Todo suma para restar. Quiero escribir sobre Norma Beatriz Guimil. No voy a contar su historia, aunque sé que me alcanzaría con salir a la vereda y preguntarle a estos que están jugando al metegol, aquí al lado, para que me cuenten, señalando para allá, dónde viven sus hijxs y nietxs y obtener más datos biográficos. Si es que llego a escribir, voy a hacerlo sobre lo que sé de ella. ¿Cuántas cosas hay que apuntar de una persona para llamarla valiente? Sin ánimo de comparar, Cabral Soldado heroico: ¿qué sabemos nosotrxs lxs comunes más que el instante de su muerte?

Quiero hablar de Norma porque hoy sigue oculta por el cartel de bruta que el discurso hegemónico le colgó. Norma y todavía no sabés de quién te hablo. Norma, una de las prime-



ras en alertarnos, con su modo cachivachero y excesivamente idiosincrático, que el primer mandatario y sus secuaces estaban entregando el futuro y, de paso, el pasado. Si llego a escribir voy a contar apenas lo que sé, cómo me llegó, cómo lo pensé entonces y cómo lo pienso hoy.

Yo la vi una vez en la calle, casualidad de la historia barrial, la vi justo en lo que años más tarde sería la plaza que lleva su nombre. Sí, aquí, justo en Pasco y Salta, hay una plaza en esa esquina, tenés que mirar bien y con ojos pretenciosos. Es ese triangulito con hamacas y una planta de mora al pie del puente peatonal que ahora está roto, tiene un cartel que dice *Plaza Norma Plá*, justo ahí la vi. Como muchas en esta historia patriarcal, fue conocida por el apellido del marido. Y en esta línea ahora se me ocurre cuán lejos estaría Norma de aquel (cercano) tiempo del discurso feminista. Del discurso digo, del discurso nomás, porque si no decime de qué otro modo caracterizar a una tipa que se pone al frente de los reclamos de sus coetáneos con nadita en la mano.

Nacida y criada, como vos y yo, en pleno heteropatriarcado sexista, se sale de la ruta marcada y se mete a gritar frente al Congreso de la Nación. ¿Querés más desafío al orden establecido? No, no estoy diciendo heroína, debe tener todos los números para no serlo. Por eso, si escribo, quiero escribir sobre ella, porque por eso me gusta. Me parece que todavía no entendés de lo que te hablo o no sé explicarme. Mirá, te lo digo así: es fácil querer a Messi tan prolijo, tan pulcro, cuidadoso, familia, todo. Ahora además, por si faltaba algo, la copa...al fin, la copa. Sí, claro que se la merece y yo lo quiero, lo quiero mucho, cómo que no. Pero el desafío, el verdade-

ro desafío, es quererlo *al Diego*. Entre paréntesis, nacido por aquí nomás, como que pisaron el mismo barro con la Norma. Sí, está bien, está bien...te acepto esa, otra casualidad, decís. Pero ¡qué linda casualidad!

Mirá, yo no entiendo a qué llaman identidad o más bien entiendo, pero mucho no me lo creo. Ahora, si existe eso que se llama identidad, Norma viene a ser algo así como el concentrado identitario de este barrio. Es como el caldito Knorr que lo disolvés en agua caliente y tenés toda la sopa de lo que somos acá. Ese ser barrial difuso, impulsivo, contradictorio, y aparentemente simple, que te tragás cada día con mucha soda y un chorrito de vino. La casilla de madera digna y la menos digna al lado del chalet de dos pisos con pileta. Tanos y cabecitas mirándose con mutuo recelo mientras compran las papas en la misma verdulería y sus respectivos pibes juegan mezclados en el potrero.

Es verdad, ahora no, pero hasta los años noventa teníamos potreros donde jugar. Ahora tenés que pagar. Barrio sin trenes, demasiado cercano a la Capital como para ser llamado pueblo y con la distancia suficiente de San Isidro como para considerarlo elegante. Poblándose rápido desde principio de los cincuenta cuando todo parecía que iba a arrancar. Vecinos que vivían criticándose y se condolían de verdad en los velorios o se cruzaban en Navidad con una sidra bajo el brazo. Me estoy poniendo nostálgica y eso me hace perder rigor, pero no digas que me voy de tema. Estoy diciendo que si algo somos, eso que somos está hecho de ese pastiche. Y ella también.

Estás equivocada, no es bucólico, si me escuchaste bien sabés que es un recurso que detesto. Estrategia mediocre que

le resta valor a la obra y, al mismo tiempo, habilita a no comprometerse. Intento, me esfuerzo, para estar bien lejos de ese paisaje: esta va sin pastelitos ni cintas de colores. No éramos los Ingalls perdé cuidado, no. A esos los veíamos por la tele y, si me apurás un poco, mucho de lo que trato de decirte tiene que ver con los Ingalls y todo lo que la tele nos metía en la cabeza, formateándonos con la belleza y la virtud de la miseria, para que a ninguna se le ocurriera ir a la facultad. La tele y sus señores trajeados contándonos mentiras con sus evidentemente, sus *vamos ganando* y sus reiteramos. La tele y sus besos chica-linda chico-lindo con finales heteronormados y felices y, para la que se saliera del formato, el cartel de loca o puta. El tren no llegaba al barrio pero esas picadoras de coco claro que sí. Y con esas cabezas estandarizadas fue que vimos a Norma por la tele. Y con esas cabezas la juzgamos, mirando la forma para no escuchar el contenido.

Biografía no. Tal vez cuente una sola cosa, una sola. Quien se interese por la biografía que vaya a Wikipedia. Sí, estuve mirando, figura en Wikipedia. Murió acá, en la Passo, yo no lo sabía. Cáncer de mama. Cuando fue a Polémica ya usaba peluca. Decime vos... y seguía yendo a la Plaza Lavalle. La buena de internet me dejó ver completito ese programa, yo tenía un vago recuerdo, lo vi entero. Bueno fue volver a verlo ahora corrida un poco, sólo un poco, de esos anteojos que nos marcaban cómo teníamos que ver. Pensé tantas cosas, mirá.

A dónde se fue a meter, a la boca del lobo, imagino cuántos le habrán dicho que no fuera. La dejaron expuesta como un cordero al asador, por aquel tiempo, se decía que se paraba el país para ver ese programa. Todos frente a la tele para reci-

bir en dosis homeopáticas la cultura popular industrializada. Si ya estaba todo dicho de antemano: el preso, el bruto, el desalineado es de quien vamos a reírnos y gracias que tenés trabajo, callate, serví el café mientras nos sentamos a regodearnos en nuestras virtudes de clase. Y todavía nos preguntamos de dónde sale tanto odio al pobre, cuando me acuerdo de lo que pensé en ese momento me da tanta bronca, me detesto. Tenés que ver ese video, tenés que verlo con tus ojos de ahora. Ahí me vas a decir quién es la única que resiste el archivo, entre cinco la agarraron, cinco elegantes señores con su fama y su falsa amabilidad. Aguantándose y mostrando cómo se aguantaban la risa. Fingiendo respeto y dándole -¡ellos!- lecciones de democracia. Subidos al banquito de la superioridad moral y señalando con el dedo a los que atentaban contra el país comprando dólares para estirar el sueldo. Y así tan monocordes y amables fueron llevándola al punto en que su voz se aflauta y chilla. Ella responde con lo que tiene, sus escasas palabras y su verdad. Responde con la sabiduría del ingenuo. ¡El rey está desnudo! No la escuchamos.

Fue más cómodo reírnos, la peluca, los chirridos, la dentadura, los disparates. Disparates de iletrada tales como pedir que no se gobernara por decreto y que los funcionarios de los organismos estatales fueran elegidos por el pueblo. Fijate qué cerca estaba de lo que en el dos mil uno los zurdos reclamaban en las asambleas. No, no era zurda. Ahí mismo cuenta que militó en el radicalismo y rompió la ficha de afiliación cuando Alfonsín la defraudó. Después lo reivindicamos a Alfonsín, pero por aquel tiempo, decime quién no le tenía bronca. En todo caso era zurda y no lo sabía, para mí que era peronista y

no lo sabía. Imaginate si le hubieran dicho usted es feminista y peroncha. ¡Lxs hubiese sacado a patadas! De haber durado un poco más, quién te dice. Se la veía tan vieja, sesenta y pico nomás tenía cuando murió. Ahí tenés otro dato, con plata cualquiera conserva lozanía. Hablando de guita, si llego a escribir algo, le voy a poner de título cuatrocientos cincuenta. El que sabe de lo que hablo, entenderá. ¿Ves? Para esto estaría bueno escribir sobre Norma. Tal vez logre que el que no entienda el título, se interese, averigüe y descubra por qué el poder de entonces redujo al pintoresquismo a Norma Plá.

Si escribo no voy a contar de entrada a quién me refiero. ¡Qué laburen! Contarlo de entrada sería muy sencillo, alcanzaría con un guiño de pocas palabras para que supieran a quién me refiero. Aunque eso también divide aguas, para los tilingos se trató siempre de otro gesto de vieja ridícula. Pero que se vayan a lavar la boca y preguntarse, antes de hablar, si ellos se animarían a hacer lo mismo. El guiño, ahora al fin sabés de qué te hablo, sólo tendría que decir: la que le voló la gorra a la gorra.

# **Relatos sobre batallas, batallas sobre relatos**

Florencia Aldana Gastaminza

## FLORENCIA ALDANA GASTAMINZA

Creció en Carmen de Patagones desde su nacimiento en 1994. Ya en su niñez le apasionaba la historia de la Batalla del 7 de marzo, la pintoresca vista de Patagones la inspiraba a escribirle poesías desde la otra orilla del río. A los 17 años La Plata la adoptó. Se recibió de Profesora y Licenciada en Psicología en la Universidad Nacional de La Plata, y de Especialista en Infancias y Juventudes en CLACSO. A la fecha es becaria de investigación doctoral (UNLP) con enfoque en la participación de niñas y niños, e integra el Programa de Estudios Sociales en Infancia y Juventud (UNSAM).

## SILVANA PEZZANO RICKERT

Ilustradora | @eltallerdesilvanapezzano

Nació en octubre de 1963 en Carmen de Patagones, es artista visual, ilustradora, pintora y ceramista. También trabaja en grabado y se desempeña como docente desde la década del '80. Es madre y abuela, aún vive en su localidad natal, llena de historia, de río y de mar.

Es profesora y Licenciada en Artes Visuales por la Universidad Nacional de las Artes, con especialización en arteterapia, formada en la Escuela de Jung, dicta talleres para niñas, niños y adolescentes.







## **Relatos sobre batallas, batallas sobre relatos**

### **Buenos Aires al revés**

¿Cómo sería la provincia de Buenos Aires patas para arriba? Tal vez, una provincia de Buenos Aires al revés, con su sur como norte, tendría muchas historias para contar del Partido de Patagones y las defensoras de la soberanía. En el partido más austral y extenso de la Provincia, el viento corre más fuerte y en esa brisa constante conviven Cardenal Cagliero, José Casas, Juan Pradere, el Balneario Los Pocitos, Bahía San Blas, Stroeder, Villalonga y Carmen de Patagones. La última ciudad de la Provincia suele ser utilizada como pregunta difícil en los programas nacionales de entretenimiento televisivo: ¿forma parte de Río Negro o de Buenos Aires? La aparente complejidad de la consigna da cuenta de que suele desconocerse que su posición geográfica nos da la bienvenida a la Patagonia argentina con la puerta en suelo bonaerense. Y... ¡no sólo eso!

## **Las ciudades hablan**

Al sur de la provincia de Buenos Aires, Carmen de Patagones se eleva a la orilla del Río Negro, caminar por sus calles es respirar la historia que late desde 1779. Mientras los barcos hundidos y los cañones se desparraman en la costa del río, los faroles iluminan las subidas que acompañan el estilo colonial hacia la plaza principal. Allí, la parroquia guarda como tesoro y trofeo dos inmensas y antiguas banderas del Imperio de Brasil. Una visita por la ciudad más austral de la Provincia deja una convicción: Carmen de Patagones pertenece a un pueblo que cuida su historia. Porque las ciudades hablan y hay verdades que insisten en sus paredes, que se camuflan en sus calles y se esconden en las frases repetidas. Una mirada atenta a esas verdades que aparecen en sus rincones puede identificar una fecha que resuena: ¿qué nos querrá decir Carmen de Patagones? ¿Qué pasó algún 7 de marzo?

## **Defensoras del Fuerte**

Hablar del 7 de marzo en Carmen de Patagones es inflar el pecho y sabernos con una batalla ganada, porque aquel día de 1827 se defendió la Soberanía en esta tierra. Los barcos del Imperio de Brasil, comandados por británicos, entraron por el Río Negro con superioridad de cuerpos y recursos. Sin el diario del lunes, parecía un final cantado. Sin embargo, la población maragata demostró el ejemplo de la organización colectiva. Por lo general, la producción patriarcal de los relatos tiende a contar que los triunfos en los combates se deben a varones adultos. Pero la tradición oral local sostuvo viva la mirada, intergeneracional y de género, sobre los hechos que dieron lugar a este acon-

tecimiento. Lxs habitantes decidieron quedarse, pese a que ya se rumoreaba que habría una posible invasión y que, por lejos, eran menos. En la defensa, la organización colectiva involucró la división de tareas entre la heterogeneidad y complejidad de un fuerte protegido por niñxs, ancianxs, varones y mujeres.

Entre ellas, Eustaquia Miguel, con una actitud desobediente a los mandatos de género de la época, tuvo un papel fundamental para que las mujeres se vistieran con pañuelos en sus cabezas, con la intención de simular una tropa de reserva ante la llegada de los barcos invasores. De esta forma, haciendo suyas la templanza del río y la furia del mar, pudieron verlos hundidos al fondo del Río Negro.

### **Defensoras de la historia**

“Si la olvidó la historia, yo quiero rescatarla: mostrarle a quien ignora las batallas ganadas” relata una canción de Vicente Jesús Ávila. Este fragmento me invita a recuperar el plural del término ‘batallas’, ya que es un buen ejercicio dudar de toda idea en singular. Me pregunto ¿cuántas batallas puede haber dentro de una? En este caso, que el 7 de marzo sea bandera, orgullo y convicción para la comunidad local es producto de otro triunfo, especialmente uno ganado ante una de las más duras disputas: la batalla contra el olvido. La memoria de los pueblos la escribe su gente y Patagones fue cuna de mujeres que defendieron la historia, hasta que quedó marcada a fuego de cañones en los corazones que laten al sur de la Provincia. Dos de ellas fueron doña Cata Villarino y Emma Nozzi. Cata Villarino fue ciudadana ilustre de Patagones y abanderada de la memoria de la gesta del 7 de marzo con su

presencia emblemática en cada desfile. El grupo de “Los Patriotas” había tomado la costumbre de visitar cada año en esa fecha el Cerro de la Caballada, escenario del combate. No obstante, tras su desintegración, fue Cata Villarino quien continuó con la tradición de visitar el cerro bajo la firme certeza de la necesidad de cuidar la historia.

La maestra Emma Nozzi, por su parte, definió como injusticia el olvido de esta fecha en la defensa del patrimonio nacional, su inexistencia en los libros de historia y en las escuelas. A su vez, denunció el exclusivo interés de la historia argentina centralizado en los combates que iban de la línea central de Buenos Aires a Mendoza. Sin embargo, Emma Nozzi hizo de esa rabia el motor para ganarle la batalla al olvido y formó parte de la Fundación del Museo Histórico<sup>1</sup>, que hoy lleva su nombre. Su legado tiene el horizonte en la difusión de la gesta del 7 de marzo.

De esta forma, defensoras de la soberanía como Eustaquia Miguel, Cata Villarino y Emma Nozzi invitan a seguir escribiendo relatos sobre batallas y batallas sobre relatos. En ese doble juego entre reconstruir nuestras historias y poner entre signos de interrogación aquellos relatos que (aún no) las contaron. Entonces, ¿todo está guardado en la memoria? ¿Quién escribe la memoria de los pueblos? ¿Qué efectos producen las historias contadas desde los nortes y qué otras quedan por fuera? A su vez, ellas impulsan a buscar qué otras mujeres habrá que contar en el partido de Patagones y con qué otras mujeres hemos contado para ganar batallas, aún sin saberlo, y sin ser contadas.

---

1. El Museo Histórico Regional “Emma Nozzi” pertenece a la Fundación del Banco Provincia de Buenos Aires.

# **Una más**

María Inés Pazzaglia

## MARÍA INÉS PAZZAGLIA

Nació en Lanús el 15 de julio de 1983, realizó sus estudios secundarios en una escuela privada del distrito y egresó de la Universidad de Buenos Aires con el título de Bioquímica.

Comenzó a escribir en el año 2020, tomó talleres literarios con Natalia Carrizo y Ana Solari; y encontró en la literatura una forma de sanar y de transformar heridas del pasado. A través de la escritura visibilizó su historia, la de una mujer de clase media que logra salir de una situación de violencia de género gracias al colectivo Ni una menos. María cree que el arte, además de ser transformador, es un medio para visibilizar las voces que durante mucho tiempo fueron calladas.

## CLARA ZÚCCARO

Ilustradora | @claravelarte

Nació en 1999 en La Plata. Dibuja y pinta desde hace más de diez años, en la actualidad brinda clases particulares. Estudió por un tiempo en la Facultad de Artes de la UNLP pero siempre se formó de manera independiente. Dice la artista “mucho de lo que sé, lo aprendí sola en casa”. Clara reunió sus obras en su perfil de instagram: @claravelarte.



¿Qué hago con él?







## Una más

*“Por estas horas, se está investigando cómo era su relación con el asesino, cómo se conocieron, si el crimen de Daiana se produjo en uno de los departamentos de este hombre. Su mamá Karina habló estos días con los medios, la hemos escuchado, con esa sorprendente calma, contar cómo iba a encarar su vida y su confianza en la justicia. Pero ayer escuchamos otra voz, la del papá de Daiana, con un temple distinto al de Karina, absolutamente quebrado y enojado”.*

(C5N, 16 de marzo de 2015)

### **Marzo 2015**

Mariana se despertó en busca de ningún destino. Con el pelo enredado, se acomodó la remera que usaba como pijama, cubrió bien sus pechos, lavó su cara, pero no pudo borrar esa expresión de resignación. Caminó hacia la cocina, cuidando cada paso que daba para no despertar a Fabián. Encendió la llama más pequeña y preparó el mate amargo como le gusta-

ba a él. En la tele cubrían el femicidio de Daiana García, *otra vez*, pensó, *esto no se termina más*. Una foto provocadora de Daiana, una foto de Daiana sonriendo, una selfie de Daiana, pero ninguna imagen del rostro de su asesino.

Fabián se despertó y escuchó el audio de su colega. Salió de la cama apurado, descalzo y en calzoncillos fue en busca de su desayuno. Sus ojos reflejaban una paz que ella envidiaba.

—¿Ya está listo mi mate? —preguntó. Mientras, su boca se abrió como la de un hipopótamo, bostezó.

—Buen día, mi amor —Mariana se acercó para darle un beso.

—Buen día —los labios de él eran un viaje a la Antártida sin retorno—. ¿Cómo es tu día hoy?, preguntó.

—Me voy en media hora a trabajar, almuerzo con mi abuela y después voy a la facu. Salgo a las ocho de la noche.

—Vos sí que tenés suerte, tu abuela te prepara la comida. Yo, en cambio, voy a almorzar mierda.

—Almorzá algo saludable, ¿quién te obliga a comer porquerías? —Mariana mordió una tostada de pan negro.

—Dejá de comer como una gorda y atendé a tu marido. Cebame mate, así puedo ir al baño.

—Gracias por tanto amor —respondió Mariana irónicamente.

Ella se levantó de la silla con pereza, con los ojos empañados y una puntada en el estómago, se vistió. Ese día tenía ganas de ponerse la pollera nueva que se había comprado —estrenar ropa le levantaba el ánimo—, pero tenía miedo de que Fabián la viera y la obligara a cambiarse, o peor, que la hiciera pararse frente a él para mostrarle la bombacha que llevaba puesta.

—¿A qué hora volvés de la facu? —preguntó él desde el baño.

—¡Te acabo de decir que salgo a las 8 de la noche!

—Bueno. Llevá el celular en un bolsillo, no lo pongas en el bolso.

—Qué denso, ¡no podés controlar todo!

—Por mí hacé lo quieras, pero, si te roban, no me vengas a pedir que te compre otro.

Mariana agarró su cartera y un saquito suelto para parecer una mujer bienintencionada y ocultar a la mujer salvaje. Guardó el teléfono en un bolsillo del saquito y le avisó que se iba. Fabián salió del baño y, sin saber que el alma responde al calor, la despidió con un beso helado.

Apenas había amanecido en el barrio de Escalada, el rocío y la humedad acompañaban el temblor de sus piernas agotadas desde muy temprano. Caminar esas cinco cuadras hasta la parada del 523 era una prueba que tenía que afrontar todos los días. Tenía que llegar con todo su esqueleto entero y con sus pertenencias a salvo.

Se sentía protegida si la vecina sacaba a pasear al perro y le dedicaba una sonrisa cálida a la mañana, en ese instante inhalaba algo de compañía. Durante el viaje en el amarillito, pensaba que ya no recordaba qué la había enamorado de Fabián, sentía que la poesía que los había unido al comienzo se había convertido en el ensayo de la tesis doctoral que él jamás le iba a permitir rendir. Mariana estudiaba Bioquímica en la Universidad de Buenos Aires, conocía a la perfección cómo el cuerpo se defiende de las agresiones externas, pero el suyo no había generado ningún anticuerpo contra la crueldad de Fabián.

\* \* \*

*“Los familiares y amigos le dieron el último adiós a la maestra jardinera asesinada por su ex-pareja delante de sus pequeños alumnos en Córdoba. El cuerpo de la mujer fue enterrado ayer en el cementerio municipal de San Francisco y decenas de personas acompañaron en el profundo dolor a los hijos del matrimonio, de 17 y 21 años”.*

(Perfil, 18 de abril de 2015)

### **Abril 2015**

Como todos los días, con tono áspero, ella le escribió: “En cinco salgo”. ¿Qué sentido tenía agregar un corazón? Si ni siquiera tenía ganas de mandar ese mensaje, si Fabián apenas respondía un “Ok” indiferente, si la relación estaba rota. De regreso a casa, Mariana se apuró para atravesar Plaza Houssay, cargando una mochila con apuntes, la ilusión de que su novio volviera a ser el mismo que la había enamorado, y una pregunta que no podía responder: ¿por qué seguimos insistiendo en lo que no tiene retorno?

Tomó el subte y, en el trayecto desde Facultad de Medicina hasta Constitución, pudo retomar el libro que estaba leyendo. Durante esos minutos, su mente olvidó el peso de las tareas domésticas que consumían gran parte de su tiempo y de su energía.

Mariana pensó que en las hojas de un libro encontraría las palabras bonitas que Fabián había abolido de su lenguaje, pero *Flores Robadas en los jardines de Quilmes* se parecía más a la vida que ella llevaba con él, que a la ternura que buscaba.

*Usted está en la estación Constitución*, dijo la voz del subte. El tiempo de lectura había llegado a su fin. Necesitaba ir al baño y fue hasta el bar, cuando entró miró hacia el televisor, “las mujeres estamos muy solas. Les voy a pedir una cosa: que no se olviden de este caso”, declaraba la amiga de María Eugenia Lanzetti. A pesar de que estaba apurada, se quedó paralizada frente a la pantalla.

—¡Qué bárbaro! Te matan con tanta impunidad —dijo la mesera.

—Sí, es terrible —Mariana salió del lugar con el miedo de que ella pudiera seguir el mismo destino que María Eugenia.

En el tren recordó que los platos de la noche anterior la estaban esperando, los pibes de la canchita y las calles oscuras también. La ansiedad y el miedo comenzaron a llegar hasta instalarse en la boca de su estómago. ¿Llegará Fabián a tiempo a buscarme a la parada del colectivo? ¿Seré muy molesta al pedirle que me vaya a buscar? ¿Y si me roban? O peor, ¿si alguien abusa de mí cuando baje? El tren paró en Escalada y el temor empezó a pasar el umbral de tolerancia.

La estación estaba desolada. Mariana se apuró para tomar el colectivo que en solo cinco minutos la pondría a salvo en los brazos de Fabián. Apenas pudo lo llamó:

—Ya estoy en el bondi. ¿Me pasás a buscar por la parada?

—Venite sola, Mari. Tengo que lavar los platos que dejaste sucios anoche.

—No tuve tiempo de lavarlos porque tenía que estudiar...

Él cortó, ni siquiera terminó de escucharla. Ella guardó el teléfono apurada en el bolsillo del pantalón, se bajó del colectivo temblando de angustia y emprendió el camino hacia

la casa. Se cruzó con los pibes del barrio que estaban jugando al fútbol, como siempre. *Que el espíritu santo y la pachamama me acompañen*, pensó.

—Dale, putita, vení que te rompemos el culito ¡qué conchita hermosa! Chupame la pija, dale, qué te hacés la interesante.

Entre las risas y los silbidos de los pibes, Mariana trató de apurar el paso con sus pies pequeños, estaba temblando, sólo podía apretar los dientes y mirar hacia adelante; quería gritar y recordó que hacía un tiempo esos mismos tipos la habían arrinconado contra la pared para manosearla. El único que la había visto era el custodio del supermercado chino, que no hacía más que reírse. Nunca le contó a Fabián lo que había ocurrido, temía que él la culpara porque ese día llevaba pollera.

Finalmente llegó a su hogar, abrió la puerta:

—Hola, llegué.

Fabián no la esperaba, seguía en la misma habitación desde donde le había respondido la llamada.

—¡No lavaste los platos! —dijo ella.

—No ¿qué querés?, ¿que me salga vagina? Dale, apurate a lavar y cocinar, quiero comer —dijo y la manoseó entre las piernas.

—¡Salí, no me toques!

Mariana sintió que el cuerpo se le aflojaba, un fuego sucio la recorría donde él había introducido sus manos.

—Te toco todo lo que quiero, para algo sos mi mujer.

\* \* \*

*“En Rufino, Santa Fe, un adolescente mató a golpes a su novia, Chiara Páez, y la sepultó en el patio de su casa.”*

(Página 12, 12 de mayo de 2015)

### **Mayo 2015**

Después de haber trabajado todo el día, Mariana llegó a la casa. Él la esperaba con la misma demanda de siempre.

—Esperá un poco para cenar, me quiero ir a bañar.

—Laburé todo el día, si no te lavé los platos fue porque estaba hablando con un cliente, ¿quién te pensás que paga todas tus boludeces? —dijo Fabián.

—Calmate. Dame diez minutos para ducharme.

Mariana abrió la canilla de agua caliente y, una vez que el vapor empañó el espejo, se metió en la bañera. Cuando comenzaba a relajarse, Fabián golpeó la puerta.

—¡Apurate que quiero mear!

—Esperá cinco minutos, ya termino.

—¿Así tratás a tu marido?

—¡Me hubieras avisado antes!

La puerta se abrió. Fabián entró al baño, corrió la cortina, se bajó los pantalones, tomó su pene con firmeza y descargó su vejiga en las piernas de ella. Después de orinarla, con la mano izquierda la tomó de las muñecas, la arrinconó contra la pared y la manoseó hasta aburrirse. Ella sólo podía gritar.

—¡Dejame, hijo de puta! ¡Te voy a denunciar!

—¡Dale, andá con tus amigas feminazis y lesbianas! No te va a creer nadie, soy hombre y abogado —dijo y cerró el agua caliente. Salió del baño.



Ella se quedó arrodillada, llorando, temblando, tratando de envolver su cuerpo con los brazos. Mientras el agua fría corría, ella pensaba *¿se habrá llevado la ropa? ¿Cómo salgo de acá? ¿Estará detrás de la puerta? ¿Cómo hago para dormir al lado de él? ¿Qué más me va a hacer? ¿Cómo agarro los documentos, la plata y las llaves sin que se entere? ¿Llamo a una amiga o a mi vieja? Me tomo un remis y me voy a la mierda, ¿habrá remises ahora? ¡Ay, no sé dónde está mi celular! ¿Ya estará dormido? ¡Necesito ayuda! Ya fue, la llamo a Flavia, ¿estará despierta a esta hora? Mejor espero hasta mañana. No sé si llego viva a mañana.*

En su mente se cruzaron Chiara, María Eugenia y Daiana. Tenía miedo de ser una más en la lista de femicidios, tenía miedo de ser una menos y que sus amigas terminaran en una plaza pidiendo justicia por ella. Nunca antes había pensado que Fabián llegaría a tanto, creía que no iba a pasar de los insultos y de los celos.

\* \* \*

*“Ni una menos es un grito colectivo, es meterse donde antes se miraba para otro lado, es revisar las propias prácticas, es empezar a mirarnos de otro modo unos a otros, es un compromiso social para construir un nuevo nunca más. No queremos más mujeres muertas por femicidio. Queremos a cada una de las mujeres vivas”.*

(Carta orgánica de Ni una menos, 3 de junio de 2015)

## **Junio 2015**

Mariana se salvó. No se salvó sola, la salvaron los ojos de Daiana, la sonrisa triste de María Eugenia, la juventud eterna de Chiara. La salvaron miles de mujeres unidas en una plaza gritando ¡Vivas nos queremos!

Mariana se salvó dejando morir la ilusión de que no necesitaba salvarse.

*“La violencia machista mata y no sólo cuando el corazón deja de latir”.*

(Manifiesto de Ni una menos, 3 de junio de 2016).



# **La Seve**

Gabriela Bing Maneiro

## GABRIELA BING MANEIRO

Nació en la República Oriental del Uruguay en el año 1966 y es la menor de ocho hermanxs. En 1975 llegó exiliada junto a sus padres a la Argentina. Su vida transcurrió repartida en diferentes mudanzas entre Longchamps, Avellaneda, Florida, Almagro, un regreso de once años a Uruguay, y la vuelta a Palermo. Actualmente reside en Lanús, barrio cercano a su adolescencia. Tiene tres hijxs, el mayor vive en España, y sus dos hijas y Catalina, su nieta, en Uruguay. Trabaja desde los 15 años en el ámbito editorial como correctora de textos, oficio legado por su padre. Creció entre libros y ama la literatura y escribir desde siempre. Estudia edición en la UBA y participa en diversos talleres sobre lectura, escritura, cuentos y novelas. Principalmente, ama y defiende su condición de mujer, y por eso hoy se siente honrada de participar en este espacio.

## JULIETA ÁLVAREZ

Ilustradora | @julialvarezilus

Dibuja desde que tiene memoria y estudió Diseño Gráfico en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, allí descubrió el oficio de la ilustración. Cuando ilustra, Julieta intenta poner sus emociones al servicio del lápiz y el papel. Vive en Lanús, zona sur, en compañía de su amado perro Lalo.



LA SEVE

ESCHER

© 1964 AMARAL



## La Seve

*Soy mujer, y un entrañable calor me abriga cuando el mundo me golpea.  
Es el calor de las otras mujeres.*

Alejandra Pizarnik

Severina nació en una familia obrera de inmigrantes italianxs instaladxs en un barrio fabril de Avellaneda, y tenía un hermano menor, Lorenzo. Cuando la conocí, en un salón de clases de la secundaria nocturna, me llamó la atención su rostro adusto enmarcado por enormes lentes oscuros, tras los cuales apenas se divisaban sus ojos negros, duros como piedras; su voz grave, marcada por la carraspera fumadora, su pelo corto enrulado y teñido de un rojo vivo. Enseguida relacioné la curiosidad de su nombre, derivado de “severa”, con la personalidad de esa mujer de apariencia dura, que parecía golpear con sus palabras y comentarios, con sus arranques de cólera y hasta cuando se reía.

En el momento de las presentaciones y de comentar qué nos había llevado hasta allí, Severina tomó la palabra y contó que al terminar la primaria en su casa le prohibieron seguir estudiando, porque si alguien debía estudiar en la familia,



ese era el hermano varón, que sería doctor. Lxs demás debían contribuir a pagarle los estudios, incluso ella, no había discusión. Así que a los 13 años empezó a trabajar en una fábrica. Después, habló del casamiento con el que parecía ser un “buen partido”, amigo de la familia, un muchacho de carácter blando, empleado textil, con quién pondría una tiendita propia de venta de telas y lanas, además de conservar su trabajo de modista, oficio que la llenaba de orgullo y que siempre diferenciaba del de “costurera”.

Contó de sus tres hijas y de cómo las había acompañado hasta que se recibieron, que había criado a su nieta mientras la hija adolescente estudiaba, que había sido incondicional cuando una le confesó que estaba enamorada de otra mujer y, también, que “gracias a Cristina” ellas pudieron casarse. Ahora que todas eran independientes, y “con el deber cumplido”, había decidido tomarse una antigua revancha.

Severina hablaba en general con voz alta y firme, y argumentaba con fervor sus opiniones, casi como peleando; porque si algo ya no podían robarle, pienso, era su visión de las cosas. Fuera a favor de su adicción al tabaco o a la cantidad de medicamentos que llevaba en la cartera, algunos recetados por la psiquiatra, que ofrecía como caramelos si alguien se quejaba de alguna dolencia. Sus argumentos para sostener las cosas que no le hacían bien tenían la consistencia de lo incongruente y la contundencia inamovible de quien se ha resignado a su destino. Si alguien se los desarmaba, se encogía de hombros con una sonrisa, sin conceder siquiera la posibilidad de la duda. Muchas veces discutimos acaloradamente por cuestiones filosóficas o políticas, discutíamos y termi-

nábamos medio enojadas. Pero al día siguiente, desde el otro lado del salón, me preguntaba “¿Pudiste ir a la marcha ayer? ¿Cómo estuvo? Dicen que fue multitudinaria”.

Andábamos medio distanciadas cuando un día me propuso viajar juntas a La Plata, donde debíamos certificar constancias de estudio. Ya en el micro, cuando todavía era de noche, y con la naturalidad que tenemos las mujeres cuando nos sentimos entre pares, comenzamos a deshilvanar el ovillo de nuestras historias personales. Hablábamos en voz baja, para no molestar a quienes dormían prolongando un par de horas el sueño interrumpido en la helada madrugada bonaerense. Para escucharnos, las dos inclinamos la cabeza, una hacia la otra, en un gesto que no olvido y que imagino, porque no lo sé, parecido a la profunda intimidad de un confesionario.

De a poco, aquella severa Severina, se fue convirtiendo en la Severita niña, a merced de la dureza de una madre que a cada contestación respondía con un cachetazo, que la obligaba a ir “sin chistar” a la casa de un vecino, un hombre mayor, a hacerle compañía un rato... para volver después con unos billetes que debía entregarle a ella, sin que mediara palabra.

Amanecía en la ruta cuando, después de una pausa, Severina siguió contándome, a borbotones, que nunca fue dueña ni de un sólo peso de los que había ganado con su trabajo en la fábrica, porque todo iba para la carrera del hermano, y que nunca pudo perdonarle a la madre esa y otras cosas, pero igual la había cuidado durante una larga enfermedad hasta el último de sus días. Obviamente, no había tenido opción, su hermano hacía años que vivía en Alemania, convertido ya en una eminencia. Había ambigüedad en el relato sobre su

hermano; cuando lo nombraba en relación con los mandatos de su madre se permitía alguna ironía, pero cuando se refería al médico exitoso en el que se había convertido, del que guardaba cada nota periodística para mostrarla con orgullo, sonreía, sintiéndose parte de su triunfo. Y claro que lo era, si había cedido nada menos que sus propios derechos para que él pudiera tener acceso a una vida que ella nunca tuvo. Y él, Lorenzo, —coronado de laureles, tal el significado de su nombre— cada tanto le regalaba un viaje a Europa a ella y a su familia. Esa familia que formó con aquel hombre que la hirió profundamente en su confianza estando ella recién parida. Lo que no le perdonaba, más que los hechos, era la mentira. Nunca lo echó de la casa, pero sí de su cuarto. Y así transcurrieron la vida, discutiendo por todo, compartiendo un techo casi como hermanxs, socixs en el trabajo, pero sin darse el permiso de formar nuevas parejas, lo que la obligaba a andar enredada en amores imposibles, clandestinos, que también la dañaron, y a los que les reclamaba no atreverse a dar ese paso que ella misma no se permitía dar. Una situación que parecería ilógica o innecesaria en pleno siglo XXI, pero que ella aceptaba con resignación. Entendí, con profunda pena, que aquella niña herida, de adulta tomaba malas decisiones para su vida, pero las tomaba ella. Y quizá era su modo de empoderarse.

El resto del viaje transcurrió con el ruido sordo del motor del micro, inundando un silencio de verdades dolorosas que habían quedado flotando pesadamente en el aire entre las dos. Era un día brillante afuera, pero no en nuestros ojos, clavados fijos en la ventana y empañados por una lluvia triste que caía lenta y silenciosa por nuestras mejillas.

Tres años transcurrieron de un compartir diario, cada noche de clases, a las que llegábamos todxs después del trabajo. La mayoría, mujeres. Y a la mayoría también con las mochilas cargadas de historias atravesadas por maternidades tempranas, estudios inconclusos y trabajos ingratos y mal pagos. Muchas, más de las que me gustaría contar, maltratadas, abandonadas, violadas, golpeadas, manipuladas, exiliadas, postergadas... mujeres sobrevivientes. Un poco de esas cargas se fueron vaciando allí y reemplazando por libros, carpetas, fotocopias y sueños. Ese espacio no fue sólo un lugar donde saldar materias curriculares pendientes, sino también de discusiones intensas en esa célula que éramos, pequeña muestra de una sociedad siempre diversa y enfrentada. Y fue un espacio de comunión también, donde todxs pudimos alzar la voz y ser escuchadxs. Donde cualquier acontecimiento era motivo de festejo, de poner música, de bailar apartando los bancos y reírnos a carcajadas, de compartir los infaltables mates (tererés, de yerba con palo y azucarados, o sin palo y amargos, bien a la uruguaya) y las tortas de manzana de Gilda, la sopa paraguaya de Nancy, las tortas fritas de Selene, la sopaipilla de Javiera. Allí, cada una dejaba su impronta, íbamos compartiéndonos entre alegrías y tristezas, desarmando a aquellas que creíamos ser y rehaciéndonos a diario con algún retazo de las otras. Y Seve, formaba parte de esa manta invisible pero poderosa que tejimos entre todas.

Dos años después de egresadxs, el colorido grupo seguía en contacto, así nos enteramos de que Severina había empezado a transitar una enfermedad compleja. Antes de internarse, nos invitó a su casa. No era una operación sencilla y ella lo sa-

bía, esa fue la última vez que nos vimos. Aquel golpe bajo subió al corazón y el duelo demoró en irse. Hasta que una noche se me apareció en sueños, diciéndome algo al oído que no entendí del todo. Un par de días después, revisando viejas notas, buscando qué escribir o reescribir, abrí una carpeta del escritorio y aparecimos las dos, paradas en una plaza platense, envueltas en bufandas y camperas, en la fotografía que nos tomamos aquel día. Y supe lo que tenía que hacer, y estoy haciendo.

En la página del Cens fue despedida con palabras afectuosas y su imagen permanece allí, multiplicada en fotografías de distintos momentos compartidos, casi siempre sonriendo. Especialmente en la última, radiante Severina, sosteniendo el diploma de su revancha.

# **Fuego de noche**

Gisela Console

## GISELA CONSOLE

Nació en Lanús en el año 1983, estudió en colegios públicos de la zona y se graduó en la UBA con el título de Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social. Trabaja en comunicación y salud desde hace 10 años, en un Hospital de la localidad de Lanús. Su eje de trabajo tiene que ver fundamentalmente con el acceso y la democratización de la información. Además, trabaja en la prevención y promoción de la salud a través de diferentes campañas de comunicación.

## GUADALUPE PODESTÁ

Ilustradora | @guadapodes

Nació en La Plata en 1975. Es diseñadora y da clases en la facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata. También enseña cerámica a niñas y niños, junto con su hermana/melliza/socia y ceramista Luján. La ilustración toma vida en sus piezas de cerámica utilitarias.



fuego  
que  
avisa





## Fuego de noche

Me quemaron todo. No tengo nada. La señora me dijo que no pudieron haber sido los cables, alguien tuvo que haberlo hecho de manera intencional, pero... ¿a mí? Yo me llevo bien con todos, no soy una persona conflictiva. Cuando llegué de trabajar, vi cómo mi casilla se convertía en cenizas. Terminó de arder ante mis ojos y la tristeza me invadió, otra vez. Estaba un poco acostumbrada a sentir el dolor, la ausencia, la soledad. Estaba bastante acostumbrada a que los ojos de la gente se posaran en mí de esa forma. Ya sabes a qué me refiero, a ser mirada como si la que se estuviera incendiando siempre fuera yo.

El olor a quemado todavía estaba en el aire, cuatro paredes y un techo se habían convertido en poco más que unos trozos negros en el centro de un verde jardín. Los restos de humo contaminaron el oxígeno de aquel barrio esa mañana, así como los restos de mi vida, ya no lo harían más allí. La noche anterior salí a la hora de siempre, me empeluqué y me puse las calzas, las únicas que tengo. Me gustan, son co-

loridas y divertidas, llaman la atención de mis clientes. Salí rápido, sin cerrar con llave, nunca cierro ¿para qué? La señora vive adelante y ¿yo? ya les dije: no soy una persona conflictiva, me llevo bien con todos.

Trabajo desde los trece años, mi abuela no quería, pero yo insistí. Al principio fue difícil, no lo voy a negar. Iba por el barrio preguntándole a mis vecinos si conocían a alguien que me pudiera emplear. “¡Sé limpiar, puedo limpiar!” les decía, pero la puerta se cerraba una y otra vez. La única palabra que recibía a cambio era una sola: p-u-t-o.

Cuando cumplí la mayoría de edad, volví al trabajo, a ese en donde las calzas llamativas y las pelucas eran protagonistas. Ya no era como antes, ahora, si me veían, no me encerraban en un instituto de menores, iba a la cárcel. Allí podía estar entre una y tres semanas. El calabozo es un lugar frío y oscuro que compartís con mucha gente. Y en ese compartir, me contagié. Me habían sacado la cartera y todas mis pertenencias. ¿Cuidarme?

Todavía recuerdo cuando la Dra. Norma me invitó a tomar asiento en los consultorios del Hospital Narciso López de Lanús y me preguntó si había ido sola. Mi abuela había fallecido en el 2006. ¡Claro!, le contesté. Sola. Lo que la doctora no sabía es que el hospital había sido mi hogar desde aquel entonces. Bueno, más precisamente la puerta de la antigua Guardia, ahí dormía por las noches junto con otros compañeros. Fue una época complicada, no sólo por las peleas que allí se generaban, sino porque el lugar era frío y lúgubre. Nos acomodábamos como podíamos e intentábamos pasar las horas antes de que el sol saliera y tuviéramos que irnos.

La doctora me confirmó el diagnóstico, “¿cuánto tiempo de vida me queda?”, le pregunté. En ese momento era lo único que quería saber. “¿¡Qué?! Vas a ver que con estas pastillas vas a estar muy bien”, me respondió. ¡Ay poooobre la doctora! pensé, qué chocante debe ser dar este tipo de noticias. Cómo se habrá sentido, porque ella es un amor, al igual que la señora Silvina que me consiguió la pensión por mi enfermedad. Yo soy ignoranta, no sabía ni que existía. Pero ellas... pobres, un amor. Todavía sigo viva, tengo 42 años. Tuve coronavirus y me recuperé. Porque yo no soy una persona conflictiva y porque tomo siempre la medicación. No robo, no me drogo, no fumo, mi único vicio es la comida. Sigo trabajando pero poco, hay que cuidarse. Nosotros, quienes tenemos HIV, morimos de tuberculosis o neumonía. Las noches son frías y, a veces, el calor de las llamas puede ser una mala compañía.

Me quemaron todo, no tengo nada. Pero yo no soy una persona conflictiva porque no hago nada malo, nada que pudiera molestar a alguien más. La señora de adelante me dijo que los cables no fueron. Mi condición de género y mi enfermedad ¿sí? No lo sé. La gente es ignoranta. No entiende que en un momento de tu vida te das cuenta de que no te gusta jugar a la pelota. Que preferís estar con las nenas y que tu color favorito no es el azul. Que disfrutás de vestirte con la ropa de tu abuela y que también, en un momento, empezás a tomar hormonas y te ponés silicona en las caderas y en los glúteos. Esto último no es tan bueno, se mueve por todos lados, es feo e incómodo.

De chiquita me enseñaron que la pava quema. Quema como las llamas que incendiaron mi casilla de madera, quema tanto como el frío que me hiela por las noches cuando

estoy parada. Quema tanto como las drogas que me negué a vender, la pava quema. Sólo me queda lo puesto, estas calzas coloridas que me transportan a otra realidad, una realidad más colorida. No es ni azul ni rosa, es azul y rosa. Es Roberto y es Daiana Nicole, y es este gamulán negro que me protege del frío. Quiero vivir en Lanús, es mi lugar, es donde quiero estar. Mi abuela ya no está pero igual la siento más cerca estando acá. La doctora Norma y la señora Silvina están acá, la medicación y las chicas de la farmacia están acá. ¡Son un amoooo-rrr! Me dan amor.

Me juré a mí misma que ni bien terminara de pagar los intereses de la tarjeta de crédito me volvería para Lanús. Me dieron 9.000 pesos en 36 cuotas de 1000, todavía no tenía la pensión y necesitaba el dinero para comer y vivir. “¡El préstamo te come la vida!”, me dijeron en la calle. Pero yo soy *ignoranta*, yo no sabía que la Anses ofrece préstamos mucho más accesibles, yo no sabía que tenía HIV. Me sentía bien.

“Te prendieron fuego la casilla porque sos p-u-t-o”, me dijo la señora y ahí supe que hay gente que tiene maldad. Mi condición de género es mía. No es bueno estar parado en una esquina con todos los desastres que estás viendo en la tele, hoy en día puede pasar un loco y te puede pegar un tiro ¡¿a cuántas chicas han matado?! Las noches son frías y hay que cuidarse. Ahora hay nuevas oportunidades, ahora es ley. La llama que se prende es la de la esperanza, este fuego no es malo, no es como el que quemó mi casilla, no es como el de la pava. Es un fuego que aviva mi deseo de poder trabajar sin venderme.

# AUTOBIOGRAFÍAS



**No quiero ser hombre,  
lo que no quiero es ser mujer**

María Mabel Levi



## MARÍA MABEL LEVI

Nació en Olivos, en el partido de Vicente López, provincia de Buenos Aires, el 11 de marzo de 1953. Hija de una familia compuesta por padre constructor y madre profesora de piano, tiene dos hermanas mayores. Transcurrió su educación primaria y secundaria en colegios católicos en Capital y Provincia. Tiene, además, estudios de grado y posgrado y fue miembro de algunas instituciones psicoanalíticas. Está casada y es madre de dos hijas, gemelas, de 38 años. Escribe cuento y poesía, tiene estudios introductorios de guión, canta desde siempre, cursó italiano, portugués e inglés. Ha presentado algunos trabajos en jornadas y congresos de psicoanálisis. Traduce textos para la revista *Psychoanalysis Today*.

## JULIETA NAHIR PEREIRA RODRIGUES

Ilustradora | @hifu.a

Diseñadora en Comunicación Visual y profesora, egresada de la Universidad Nacional de La Plata. Hifu nació en 2017 con la intención de retratar las pequeñas alegrías cotidianas, y visibilizar el deseo y el placer femenino. Desde entonces formó parte de diferentes proyectos, y participó en exposiciones y eventos con sus obras, dentro de los cuales destaca el *“Erostreet Festival”*, en Barcelona (2019). Hifu encuentra al ilustrar un momento de conexión consigo misma y un lugar desde donde compartir con los demás, allí radica su mayor satisfacción.





## **No quiero ser hombre, lo que no quiero es ser mujer**

“Si no es por mí se las comen los piojos”, eso nos decía mi padre, a todas, esposa y tres hijas mujeres, puertas adentro. Vivíamos en Olivos, en un barrio tranquilo. No sé si había mucha diferencia entre mi madre y nosotras, sus hijas. Ella era infantilmente sumisa, aguantaba todo hasta que explotaba: “Es injusto —decía, a los gritos. ¿Soy invisible yo? ¿Vos podés y yo tengo que pedir permiso? Es injusto esto”. Entre grito y grito su voz pasaba del agudo chillón a la ronquera, para terminar luego en el más absoluto mutismo. Después del episodio, volvíamos a lo de siempre. No puedo culparla, también su padre le cortó las alas.

La voz de mi viejo, sin lugar a dudas, confirmaba su poder, alimentaba nuestra minusvalía, y reafirmaba nuestros miedos: “si no es por mí, se las comen los piojos”.

### ***Mis seis añitos***

Mientras mi viejo hablaba de piojos y mi vieja juntaba broncas, un señor entrado en años, abusaba de mí. Lo hacía cuando visitaba la casa de los vecinos donde solía pasar bastante tiempo. Era el cuñado de la dueña, a la que me gustaba llamar abuela porque la mía había muerto. El hombre simulaba ver televisión, me alzaba y me sentaba sobre sus piernas. Yo era niña, creía que era un abuelo cariñoso, pero no. Mientras simulaba, me manoseaba. No recuerdo que me haya amenazado, pero es probable que algo me haya dicho para asegurarse de que eso no saliera de ahí, porque nunca salió. Lo guardé por décadas, hasta que un día me atreví y me saqué el peso de encima, se lo conté a mi hermana, la del medio. La mayor ya había fallecido. ¿En serio? —me dijo— y la boca le quedó abierta, un buen rato. No sé qué efecto pudo haber tenido en ella mi revelación, lo que sé es que nunca más volvimos a hablar del tema.

### ***Colegio de monjas, tercer año secundario***

15 años

La semana que viene tendremos la visita del padre, nos dará una conferencia. Podrán hacerle dos preguntas anónimas que dejarán en una urna, al entrar al salón, y él las contestará al finalizar. Esto lo decía la directora. El padre nos venía a hablar del “Comunismo”, en realidad, venía a meternos miedo. Yo sólo pensaba en las preguntas, era mi oportunidad de cuestionar y de saber. El salón estaba lleno, el secundario en pleno. Desde las butacas podía verse la urna depositada en el escritorio del cura. A través de sus paredes

de acrílico transparente podían verse, apretados en su interior, todos los papelitos.

Después de una larga espera en la que el cura pasó tiempo sacando papel por papel y dando respuesta a cada una de las preguntas, quedó en su interior el último de todos ellos, el mío. El cura abrió el papelito, lo leyó en silencio, se tomó su tiempo para responder. Unos segundos más tarde comenzó la lectura de la pregunta número dos sin respetar el orden que yo les había asignado:

¿Por qué en el colegio no enseñan Teología en lugar de aprender de memoria las 398 preguntas y respuestas del Catecismo Único de la Doctrina Cristiana? El cura volvió a tomarse su tiempo y luego respondió, más o menos así: las preguntas y respuestas del catecismo son importantes porque son nuestra guía como cristianos. Aprendemos a ser cristianos desde niños, guiados por el catecismo. Aprendemos lo que está bien y lo que está mal siguiendo los dogmas del catecismo. La Teología podría enseñarse, pero no en lugar del catecismo. Y el cura siguió con la pregunta número uno: ¿por qué en el colegio no se dan clases de educación sexual? El revuelo en el auditorio fue total. Algunas chicas reían nerviosas, otras murmuraban, entre curiosas y ruborizadas. El cura esperó a que las aguas se aquietaran y luego respondió así: no se enseña educación sexual en el colegio porque muchos padres no lo aprueban. Fin del cuento.

### ***En mis 16***

Decidí un día que me vestiría como varón. Quería saborear ese poder que otros tenían y yo no. Me lancé a caminar

por la calle actuando una prepotencia que no sentía. Caminaba como diciendo: “¡Despejen! ¡Este camino es mío! ¡Ustedes, lacras, vuelvan al fango!”. Eso no iba conmigo. Yo valoraba el amor, el respeto, la ternura; odiaba las injusticias. Eso era lo espontáneo en mí. Repentinamente me encontré en una encrucijada: quería ser alguien, pero ¿quién?... Fue en ese crítico instante que tuve un pensamiento: No quiero ser hombre... Lo que no quiero es ser mujer.

### ***Una jovencita de 18***

Es probable que estés embarazada. El que me hablaba era el ex novio de mi hermana mayor, médico gastroenterólogo. Yo estaba en problemas, tenía un retraso. Me pidió un análisis de sangre y me dijo que volviera con el resultado para decidir lo que íbamos a hacer. El análisis dio positivo, estaba embarazada. Me derivó a un médico de su confianza que me ayudaría a resolver la situación. Antes de irme, me dijo: “una vez es accidente; dos es boludez”.

Sus palabras se me grabaron como un tatuaje, nunca las olvidé por cómo me sirvieron. Descubría, gracias a él, que cuidarme dependía de mí, que tenía que estar atenta, tomar yo las riendas de mi vida. Si lo hubiera sabido antes no habría sido así de confiada cuando ese amor de verano, en los inicios de mi vida sexual, me decía: “yo me cuido, no va a pasar nada”. Pero le creí, igual que me creía lo de los piojos. No sabía nada, me dejaba llevar.

El ex de mi hermana, en pocas palabras, me estaba diciendo que los recursos los tenía yo y que no debía bajar la guardia. Estaba en mí evitar la repetición de un hecho tan

traumático como un embarazo no deseado, y no tener que volver a tomar la difícil decisión de hacerme un aborto en la más oscura clandestinidad, con todo el peso de la culpa, por lujuriosa y asesina. Sentí gratitud y odio a la vez. Gratitud por la ayuda, que disipaba en parte la amenaza de los piojos. Odio, odio a las monjas, al padre anticomunista y a todos los patriarcas por arrogarse el derecho de quitarme el mío, a saber, a decidir, y a ser en libertad.

### ***Mis 23***

Egresada de la Facultad de Psicología comencé mi práctica clínica mientras seguía mi formación psicoanalítica. Varios posgrados, años de supervisiones, de análisis personal y la pertenencia a instituciones psicoanalíticas de prestigio, en las que completé la formación requerida, para pertenecer. En cada una duré unos cuantos años. Siempre me sentí más libre fuera de las instituciones. Me costaba lidiar con la hipocresía y las luchas de poder, de las que me sentía ajena.

Y Freud nos habló de sexualidad. Y también, por supuesto, de sexualidad femenina.

### ***En mis 40***

Mi mundo se derrumbaba. Fue en medio de la crisis que comenzó mi interés por los Estudios de la Mujer y los Estudios de Género. Mis lecturas fueron íntimas, personales. Tenía que enfrentar mis miedos, desafiar ese régimen de verdad. Sin embargo, a sabiendas de que la clave era el coraje, pude traspasar sólo algunos límites. La amenaza de los piojos seguía estando presente.



### ***El adiós a mi madre, mis 55***

Le agradecí y la reivindicué. A su manera, desafió a su padre y su interpretación paranoide sobre lo que se aprendía en la escuela: “sólo cosas malas”. Luchó por nuestra educación.

Mis hermanas y yo fuimos a su casa para reconocer y ordenar sus pertenencias. Encontramos fotos, pañuelitos bordados, alhajas, documentos y un diploma: su diploma de la escuela primaria. Interrumpida en su niñez, la había completado a los 34, con promedio 10, nosotras lo supimos en ese momento. Deduje que la muerte de su segunda hija, de la que habló poco y nada, habría truncado su deseo de seguir estudiando. De adolescente cursó el profesorado de piano en un conservatorio de Olivos. El lenguaje de la música no era temido por su padre; no se lo prohibió. Y el piano fue su voz.

### ***Según pasan los años, 60 y ¿cuántos?***

Freud lo sabía. Las mujeres pagamos un precio muy alto por las limitaciones que nos impone la sociedad. Sin embargo, este no fue tema de análisis para él. Su objetivo era la enunciabilidad de los formulados inconscientes, lo histórico-social no le interesaba.

Dando forma a mis interrogantes: ¿puedo ser psicoanalista desconociendo la influencia que lo histórico-social tiene en la opresión sufrida por las mujeres?

¿Son las verdades del psicoanálisis, verdades últimas, dogmas de fe? ¿Es el psicoanálisis otro catecismo?

Freud, el Maestro, mi otro dios que, en oposición al anterior, no hace más que hablar de sexualidad. Eso quería escuchar. Freud me habilita. Lo interrogo, es terrenal, me lo permite.

Desde la lógica binaria en la cual se sostiene la teoría freudiana de la sexualidad, el par antitético fálico-castrado define el destino del varón y de la niña según su anatomía. El falo será la función simbólica del pene y el representante simbólico de la valoración en la cultura patriarcal. En la niña, la envidia del pene será la reacción al reconocimiento de su carencia. ¿Envidia “natural” o violencia de género?

### ***Mis 68***

En este momento, hoy, ahora

Di vuelta la casa. Lo encontré. Lo guardé por décadas, nunca fue un secreto. En la página 13, en birome verde, mi nombre, mi apellido y la fecha 28/03/1969. Yo tenía 16, recién cumplidos, pero sabía que el catecismo me acompañaba desde los siete. Desvencijado, con algunas de sus hojas carcomidas y su contenido intacto. Hice una lectura rápida, una suerte de constatación. Por alguna razón fijé la vista en la pregunta número 378: *¿Cuáles son los enemigos del alma?* Los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio, y la carne. Con el catecismo en mis manos, parafraseándolo, inventé mi propia pregunta y mi propia respuesta: *¿Cuáles son los aliados del alma?* Los aliados del alma son tres: el derecho a saber, el derecho a elegir, el derecho a ser, en libertad.

Sé lo que quiero. Creo que siempre lo supe. Yo no quiero ser hombre, lo que quiero es tener derechos.



# **La gorda del curso**

Victoria Grinstein

## VICTORIA GRINSTEIN

Grini, para sus afectos, nació y vivió gran parte de su vida en Vicente López. A los 18 años comenzó la carrera de Sociología, donde se aproximó a los estudios y movimientos feministas por primera vez. Desde entonces, estudia y trabaja en distintos espacios destinados a la construcción de una sociedad que nos incluya a todes. En sus tiempos libres fantasea y escribe entre las plantas de su casa.

## LUCÍA PAUL

Ilustradora | @lu.paul

Más conocida como Lu Paul, se dedica a la ilustración, muralismo y diseño gráfico. Cree que la clave de cualquier buen proyecto es tener una gran comunicación con el cliente, pudiendo comprender sus necesidades para llegar al mejor resultado posible. Asimismo, busca generar proyectos con un diferencial, que se destaquen.



LU PAUL



## La gorda del curso

La primera vez que me di cuenta que era gorda fue en la clase de natación de tercer grado, después de cambiarnos en el vestuario del colegio todas las chicas bajábamos con nuestras mallas y gorros puestos, dispuestas a sumergirnos en esa pileta, probablemente meada por muchos. No nos importaba porque hacía calor y porque esas horas nadando implicaban menos horas sentadas en el aula. A mí, además, me encantaba nadar y sentir el agua tocándome el cuerpo, dando brazadas libres que me hacían pensar en el mar.

Siempre había sido bastante deportista, disfrutaba de correr, saltar, amaba el fútbol, hacer piruetas en el aire, enloquecer a mis xadres que iban detrás de mí, viendo que no me rompiera la pera nuevamente en algún tobogán. Ahora, cuando veo mis fotos, siento que entro en esa categoría de marimacho, de machona, de huesos grandes, de cuerpos gordos. Pero hasta esa clase de natación junto a mis compa-



ñerites de escuela yo me sentía poderosa, fuerte, desafiante. También me sentía igual a todas las demás.

Los ocho años pueden ser hermosos, pero también pueden ser destructivos. Por un lado, te crees mil bailando Shakira, haciendo coreografías con tus amigas, esquivando pelotas, jugando al quemado o, simplemente, fantaseando con una vida que no está escrita todavía. El mundo parece un campo de juego, donde las reglas todavía son flexibles de ser discutidas, de ser transformadas. No hay demasiadas reglas que nos impongan qué debemos hacer, podemos ir al supermercado disfrazados de Batman o pedir para navidad un auto a control remoto que nos haga sentir pilotes de fórmula uno.

Pero llega un momento en la vida de todes en que te cae la ficha. A algunes les pega antes, a algunes un poco después, pero tarde o temprano te das cuenta de que la piletta está meada y que tu cuerpo no es igual al de todas las demás. Ese día de diciembre faltaba poco para que terminaran las clases y nos pudiéramos zambullir en las ansiadas vacaciones de verano. El clima era de absoluta algarabía, parecía un cumpleaños con globos, chizitos y Coca-Cola. Nos encantaba tirarnos de bomba y salpicarnos entre todes. Después de nadar con nuestros bracitos de acá para allá, nos sentábamos en el borde a descansar y a recuperar el aire perdido entre tanto cloro.

En ese momento tenía una gran amiga, Nicole, con quien, al día de hoy, todavía nos seguimos encontrando entre casamientos y funerales. Pero cuando éramos chicas estábamos siempre juntas, éramos como el gordo y el flaco, Olmedo y Porcel, sólo que yo no lo veía así. Yo nada más veía a mi amiga Nicki, con sus rulos rubios y su fanatismo

por Britney Spears. Para mí éramos iguales, no existían las diferencias corporales, los talles grandes, las visitas al nutricionista. Éramos simplemente las mejores amigas.

Cuando me senté en el borde de la pileta ella se acercó rápidamente como hacíamos siempre. Yo me movía, ella se movía. Yo me compraba el último CD de los Backstreet Boys, ella también se lo compraba, así siempre. Pero ese día debo decir que algo en mí se rompió, esa inocencia que encontramos en les más chiques se empezó a resquebrajar de a poco en mí. Nos quedamos un rato en silencio mirando cómo el resto seguía nadando de una punta a la otra, hasta que me hizo un comentario que destruyó esa calma ingenua, esa paz ciega.

— Che, te queda chica la malla. Tenés las piernas más gordas que antes.

Miré hacia abajo inspeccionando las partes de mi cuerpo que aparentemente se habían transformado en el último tiempo. Me encontré con mis piernas blancas, pecosas y sorprendentemente gordas. Esas piernas que me hacían patear fuerte la pelota, que me permitían corretear a mis hermanes por las escaleras de mi casa, que me servían para bailar al son de los videoclips que mirábamos en MTV cuando hacíamos pijama partys, ahora eran simplemente unas piernas gordas. Miré en simultáneo las piernas de Nicole y, efectivamente, parecían la mitad de las mías. Me sentí avergonzada, estafada. ¿Cómo había vivido todos esos años engañada, pensando que simplemente era igual a las demás? ¿Cómo no me había dado cuenta que mi contextura era el doble que la de mi mejor amiga?

No sabía qué contestarle, tenía razón y, al mismo tiempo, no quería que tuviera razón. Empecé a mirar a mi alrede-

dor buscando piernas que se parecieran a las mías, pero no encontré ninguna que se les asemejaran. Bueno, no estaba mal, podríamos decir que mis piernas eran únicas. Pero ser unícuo en este mundo no siempre es bueno, sobre todo si esa unicidad tiene que ver con ser poseedora de un cuerpo que desborda de carne.

Me paré y salí corriendo a buscar una toalla con la cual taparme todos los rollos que estaban de más. Una vez tapada, oculta de las miradas que sentía que me acechaban, me escondí en el vestuario. Estaba sola y podía cambiarme sin sentir los ojos del resto de las chicas. Ojos que pertenecían a cuerpos flacos, cuerpos normales, no como el mío. Me puse el uniforme del colegio y sentí que estaba protegida por una armadura.

Volví a mi casa en la combi junto a mis hermanas. Carola, mi hermana mayor, tan virginiana, siempre guardaba un paquete de galletitas para compartir a la vuelta, para calmar la ansiedad antes de llegar al banquete de la merienda. Ella por lo general comía las de chocolate, a mi me gustaban las que tenían colores. Ese día tenía unas que venían con un relleno azucarado de color rosado, yo las amaba.

— Tomá Violeta, mamá me mandó las que te gustan a vos.

Las miré con deseo, con hambre, con lujuria. Eran mis galletitas favoritas. Pero las palabras de Nicole todavía re-tumbaban en mi cabeza. “Tenés las piernas gordas” o me había dicho que era una gorda, o que era una gorda por comer todo el tiempo galletitas. Algo así. Pero definitivamente la palabra gorda se me había grabado en la piel.

- No, gracias Carola.

Mi hermana me miró con una cara de extrañamiento absoluto. Hizo un gesto con los labios transmitiendo su sorpresa ante mi rechazo frente a las galletitas. Nunca me hubiera negado a las rosas, sabía que me encantaban. Si hubieran sido las de chocolate, bueno, pero a estas era muy raro que me negara. Tampoco le pareció algo a lo cual había que darle demasiada importancia, así que se dio media vuelta y comenzó a ofrecerlas a las filas de atrás. Por supuesto que todes se abalanzaron para agarrar una.

Al llegar a casa me encontré con mi mamá. Era raro que coincidiéramos en el horario de la merienda porque, por lo general, ella llegaba más tarde del trabajo. Estaba sentada con una taza de café en la mano, hojeando el diario que no había tenido tiempo de leer por la mañana. Mis hermanes corrieron a lavarse las manos, con la ansiedad de poder manosear los alfajores que nos esperaban en la mesa. Yo fui directo a ella, a que me abrazara y me hiciera sentir que el mío era un cuerpo abrazable.

Inmediatamente se dio cuenta que algo me pasaba. A ella también le sorprendió mi inapetencia y mi falta de entusiasmo por los Jorgitos que reposaban sobre el mantel. Se paró y me abrazó con toda la fuerza de sus brazos. Mientras me fundía en su calor de madre, bajé la cabeza y me detuve a mirar sus piernas. ¿Eran gordas? ¿Eran flacas? ¿Eran como las mías?

— ¿Qué pasa Viole? ¿Pasó algo hoy en el colegio?

Las palabras que había pronunciado Nicole al costado de la piletta me eran confusas, pero la angustia que me habían producido era bien clara. Me puse a llorar desconsoladamente. Las lágrimas caían gruesas sobre mis mejillas.

llas rosadas hasta perderse en la chomba blanca. Pensé si la chomba también me quedaría apretada como la malla de natación, las lágrimas cayeron con más fuerza.

— ¡Violeta me podés decir qué te pasa, por favor! — giró la cabeza hacia mi hermana y le preguntó — ¿Vos sabés lo que le pasa?

Mi hermana volvió a hacer ese gesto con los labios de desconcierto, tampoco entendía qué me pasaba. Había rechazado las galletitas rosas, no me había abalanzado sobre los alfajores, y ahora lloraba desconsoladamente sobre el pecho de mi mamá, definitivamente era un escenario desconcertante para ellas.

Una vez que pude recobrar el aire escupí las palabras que tenía atragantadas hace horas:

— Soy gorda.

Mi mamá frunció el ceño y levantó las cejas, parecía asombrada por lo que le acababa de decir. Quizás se habría imaginado que me había ido mal en matemáticas o que alguna maestra me había retado por distraerme en clase, pero el asunto era mucho más grave. Era gorda y, encima, ahora lo sabía.

Así, sin pedirlo, me adentré en el mundo de les gordes. Un mundo que hasta ese entonces había desconocido o del cual no me sentía parte. No sabía que había un mundo para les gordes y otro para la gente flaca. Cada uno con posibilidades bien diferentes. Quizás siendo chica no me había percatado del abismo que existía entre uno y otro, pero de adolescente la grieta era imposible de cerrar.

Venus en Aries, siempre deseante. Me encantaban los varones y un poco las chicas también. Quería besarme con to-

des, pero ¿quién iba a besar a la gorda? Las posibilidades no eran las mismas que tenían Nicole, o Caro, o Sol, o ninguna de mis otras compañeras. Yo pensaba que sólo podría gustar de mí Francisco, que básicamente era el otro gordo del curso.

Las fiestitas empezaban a hacerse cada vez más frecuentes, como las idas al shopping a comprarnos nuestros primeros zapatos con tacos, las remeras de un sólo hombro y las polleras tableadas. La moda definitivamente no era favorable para nadie, pero lucirla con unos cuantos kilos de más era un acto de valentía. Entrar a los cambiadores en los locales frente a la mirada de las vendedoras me hacía sudar más que el mes de enero. Siempre ponían esa cara de “no sé para qué te lo vas a probar, si te va a quedar horrible”. Probablemente tenían razón.

La gordura adolescente al menos trajo algo bueno, me crecieron las tetas mucho más rápido que al resto. Al principio me incomodaban porque desconocía la existencia de corpiños, hasta que empecé a darme cuenta que con o sin “mi primer CaroCuore”, los varones empezaban a notarme.

En los bailes ya no era la que se quedaba al costado mirando como todes se agarraban para los lentos. Francisco me miraba, pero también me miraban Joaquín, Ignacio y Martín. Hasta algunas chicas parecían envidiosas de mi más reciente adquisición corporal. Yo las empecé a lucir con escotes cada vez más pronunciados, aproveché la oleada de fiestas de 15 para hacerme de vestidos que las hicieran notar. Eran mi botón, mi bien máspreciado, mi valor de intercambio.

Las tetas me salvaron la vida. Me hicieron conocer gente, besar cuerpos, volver a mirarme frente a un espejo.

Sabía que yo siempre iba a ser la gorda del curso, pero ¡qué gorda, eh! Las tetas me devolvieron la posibilidad de sentirme deseada. Sé que un libro de autoayuda de “ámate a vos misma” hubiera sido lo más políticamente correcto, pero a mí me salvaron las tetas.

Me hubiese encantado que Nicole no me dijera ese día que tenía las piernas gordas, o que mi mamá hubiese decidido no llevarme a un *tour* de nutricionistas durante casi toda mi infancia. Podría haber evitado también el rechazo de mis compañeros y las lecturas en blogs de dietas, buscando la solución a mi kilaje; pero tenía que crecer aún más para darme cuenta que, así como me había odiado toda mi vida, también podía sacarle provecho a ese cuerpo que me envolvía. La desmesura de la carne no siempre era tan aberrante.

No sé en realidad si fueron las tetas o yo me fui dando cuenta de que había muchas más personas gordas que las que había notado hasta ese entonces. No solamente personas gordas, también había negras, discas, pobres, tortas, travas. En el mundo había mucho más que una grieta que nos dividía en dos. Había cuerpos hermosos, pelados, peludos, rubios, morenos, altos y bajos. Había colores y formas, texturas y sabores que nunca había probado. Todas esas horas perdidas mirándome al espejo, buscando un cuerpo que jamás iba a ser, ahora empezaban a reflejarse en ojos que me aceptaban, que me querían, que apreciaban mi peso y como me quedaban las mallas apretadas.

Me fui encontrando con personas distintas, feas, raras, que tampoco encajaban en Bailando por un Sueño. Nosotras bailábamos por otra cosa, bailábamos porque podía-

mos. Seguí sintiéndome gorda toda la vida, pero una gorda tetona deseante y deseada, amada y amante. Pienso que, al final, a la gorda del curso no le fue tan mal.





# Invisible

Carla Lucía Francolini

## CARLA LUCÍA FRANCOLINI

Nació en la ciudad de Buenos Aires el 17 de marzo del año 1987. Durante su infancia vivió en Entre Ríos, en la provincia de Santa Fe y también en el interior de Buenos Aires. Actualmente reside en Villa Martelli y se encuentra cursando el primer año de la Licenciatura en Artes de la Escritura en la Universidad Nacional de las Artes (UNA). Es librera desde finales del 2011.

## CAROLA BAGNATO

Ilustradora | @carolabagnato

Nacida en 1990 en la ciudad de Mar del Plata, ilustradora y muralista. Se formó en la Universidad de Artes de La Plata, donde vivió nueve años y comenzó a ejercer su oficio. Ha participado en varias exposiciones y eventos nacionales e internacionales. Actualmente vive en Barcelona, trabajando en proyectos independientes de ilustración, murales, y un proyecto familiar de puzzles, “Wacana”.





# Invisible

1. Fumo marihuana y les cuento a Dana y a Ro que, durante la última resonancia, me pusieron una especie de grilletes amables para que no moviera los brazos. Mientras lo cuento veo sus caras y siento un cosquilleo en las muñecas, pero no lo digo.

2. Entro a ducharme y sé que el agua está más caliente de lo que debería. Me siento, todo lo que habitualmente me resulta extraño, en el agua no me importa, pierde peso. Sentada así, apoyo mis pies para que mis rodillas queden cerca de mi pecho, le doy un beso a mi pierna derecha y lloro. Con miedo de no sentirlo en la piel, me doy un beso en la pierna izquierda, me la acaricio. Y lloro.

Después paso los brazos por debajo de las rodillas y acerco mis piernas lo más que puedo a mi torso, todavía más. Encorvo mi espalda hacia adelante, quiero aprender a abrazarme. Me quedo un rato así, preguntándome cuándo

va a llegar esa parte en la que voy a estar tan cansada si, en realidad, ya estoy tan cansada. Me pregunto si en algún momento voy a querer rendirme. Me digo que recién empiezo.

3. Esclerosis, esclerosis, esclerosis, esclerosis. Repito la palabra esperando que se diluya. La escribo deseando que se transforme. Pero esto no es como escribir un diario de una relación que se terminó, o poemas sacando afuera el dolor de tener un padre bastante ausente. Esto no se va a ir de mí, por más que escriba.

4. Estamos sentadas y hablamos, Dana se acerca, pienso que va a darme un beso; se arrodilla y me inclino un poco hacia adelante, empezamos a acariciarnos con nuestras mejillas, en ese rozarnos me baja el pañuelo que me regaló y uso todos los días en el cuello. Con las manos intento subirlo hasta la nariz pero, con suavidad, Dana lo baja y me pregunta: *¿por qué te tapás la boca?*

5. La noche antes de ver a una nueva neuróloga, en casa se corta la luz, así que ponemos velitas y cenamos con Ale y Dana la comida que, por suerte, ya habíamos preparado. Me pongo un collar de flores con luces led que me compré para mi cumpleaños. Le saco fotos a Dana y recorro la casa con mi collar, sintiendo que tengo alguna especie de poder. Le presto a Ale una lámpara que refleja estrellitas en el techo, le saco fotos. Jugamos un montón. Nos acostamos temprano y me quedo dormida abrazada a Dana. Últimamente todos mis sueños son muy vívidos, las imágenes muy claras, todo

lo siento más intenso. Al rato de estar dormida, me despierto gritando y veo que volvió la luz. Grito muy fuerte porque estaba soñando que iba en un auto que caía a un precipicio. Pero cuando despierto lo primero que veo es el pecho de Dana muy cerca de mi cara y alrededor todo es luz. Ella me abraza fuerte y repite: *tranquila, mi amor, tranquila.*

Al otro día me dice que grité y me desperté cuando volvió la electricidad y pienso que hay algo de luz en ese grito, aunque haya sido de miedo. Desde siempre hago asociaciones mágicas, poco razonables, que me divierten y me distraen. Ahora las hago más, recurro a ellas de un modo muy natural. Me parece que hay luz y recuerdo que la noche anterior a ver a mi neurólogo por primera vez, también me desperté gritando. Pienso en todo lo nuevo, en los miedos ¿qué clase de nacimiento es este?

6. Arya, la gata de Ale, tiene algo personal contra la bolsa en la que están los resultados de la primera resonancia. No todas las bolsas la interpelan, pero esta definitivamente sí. Le salta alrededor, la muerde, toma carrera y se queda parada arriba. La miro, me divierto pensando que quizás sabe: ahí están las imágenes que afirman que algo adentro mío me hace daño.

7. Voy a buscar los resultados de la segunda resonancia, en el 152 no hay mucha gente pero todos los asientos están ocupados. Dana me pregunta si quiero que pida uno, le digo que por favor no. Me dice que no pasa nada, que ella a veces pide un asiento si está muy cansada, repito que no. El



señor que está al lado nuestro nos escucha, hace gestos hasta que me mira y con una sonrisa dulce me pregunta si quiero sentarme. Tengo los anteojos de sol puestos y me alegra saber que no ve mi mirada, acepto el ofrecimiento y le agradezco. Cuando me siento, miro el sol por la ventana, apoyo mi cabeza contra Dana, le digo que qué vergüenza. Y lloro.

8. Como pensaba, tengo algo en la médula. Una lesión en la vértebra número 3. Aprendo la ubicación de la vértebra número 3.

9. Voy a una consulta con una neuróloga. Dice que mi esclerosis múltiple es inquieta. Ale me dice *como vos*.

10. Me siento en la bañera y me miro las piernas, me gusta mirarme las piernas. A veces, cuando lo hago, pienso en la última vez que vi a mi abuela en el geriátrico, con la piel casi colgando de sus huesos. De joven tenía unas piernas increíbles, crecí con mamá diciéndome que tengo las piernas de mi abuela y, aunque nunca fui tan flaca ni tuve ninguna parte de mi cuerpo tan firme, las miro y pienso en ella. Me siento muy frágil estando desnuda en la bañera, sabiendo que con una de ellas puedo contar más o menos, ¿cómo se gana músculo si no se puede transpirar? ¿Eso que me dijo la neuróloga del agua caliente es cierto?

Le mando una orden a mi cerebro de usar igual fuerza en las dos manos y me pellizco las dos piernas al mismo tiempo. Quiero ver si siento dolor, y cuánto, y cómo. Me pellizco con vergüenza, tantas veces me siento estúpida. No

me gusta el dolor, pero lo siento en las dos piernas. Quiero creer que por igual, la verdad es que no me doy cuenta.

11. No logro entender cómo es que estoy yendo al trabajo a atender gente random y a guardar libros en vez de estar conmigo en mi casa.

12. Canción:

*Dana ama  
a mi cuerpo  
porque me ama a mí.  
Yo no amo  
a mi cuerpo,  
¿me amo a mí?*

13. Cuando estoy sola, llorando en un baño, en la ducha o en mi cuarto, me acaricio la cabeza. Me hago masajitos, les hablo a mis neuronas con mis dedos. Quiero acariciarlas, quiero decirles con mis manos que van a estar bien. Que ya va a llegar ayuda, de la medicación, de lo que sea. Me imagino que de mis dedos sale una luz que atraviesa la materia de mi cabeza, toda piel, cualquier hueso, que llega a lo que no se ve. Que sean buenas conmigo, que sean buenas.

14. Si bien al principio lo dije algunas veces, me di cuenta de que no quiero decir ni pensar que voy a darle batalla a algo que está adentro mío. Con varias neuronas fallando me alcanza, no quiero soldaditos muertos dentro de mí.

15. A la gente le digo que voy y vengo. Me parece lo más sincero que puedo decir, no sé cómo estoy. A veces, si alguien me pregunta por WhatsApp, como papá o alguna amiga a la que no veo hace tiempo, les mando un audio diciendo eso y algo más. Siempre en casa, rodeada de silencio, las palabras van saliendo de a poco. Audios de dos o tres minutos, los mando y al rato los escucho. Quiero escucharme decir cómo estoy, cómo les digo a otros que estoy cuando hay silencio.

16. Si mi espalda fuera un médano diría que ahora hay un viento soplando desde mi columna hacia el lado derecho la arena; se esparce en forma de granitos un dolor leve, presente en todo el lado derecho, los granitos saltan, vuelan, duelen.

17. Parece que no es muy normal esto de perder el equilibrio o sentir que los carteles se me vienen encima. Voy a verlo al neurólogo, me dice que tengo un brote. Pienso que soy una plantita, me gusta mucho la palabra y me da ternura. Falto al trabajo una semana entera.

18. Hoy es viernes y estoy en mi casa. Debería estar trabajando, pero soy una plantita. Estoy bastante mejor y no me voy para los costados cuando camino. Aun así, cuando salgo durante más de media hora, se me nubla la vista o me baja desde la columna un cansancio nuevo hacia las piernas. No me preocupa mucho, pero tampoco me encanta. Todos dicen que tengo que descansar, y lo hago. Pero si bien para mí poder trabajar no es sinónimo de vitalidad, hay algo de esto de quedarme en casa que me inquieta. Quiero correrme

de ese lugar, prefiero ir al solcito, aunque justo hoy no hay. Quiero poder caminar sin tener miedo, quiero no ver nunca más a una persona en silla de ruedas.

19. Una prima me manda un audio y me dice que no me quede sola, que si necesito que me acompañe a un lugar, plata, lo que sea, que le diga; que ella estuvo internada por migraña vertiginosa el año pasado, que el vértigo es horrible. *Eso de no tener los pies en la tierra.* Me da risa porque, como metáfora, yo los pies en la tierra, nunca y, desde hace varios años, tampoco literalmente. Pero le agradezco mucho su mensaje porque siento que me entiende. Cada vez que siento que alguien me entiende quisiera poder abrirme el pecho y mostrarle cómo brilla mi corazón.

20. Dana cierva osa, yo clavo mis garras en su cuero, busco al pez en el río que es su lengua / cuando salto sobre ella mi cuerpo es liviano, cuando me besa soy una estampida, un alud de osos / Dana cierva cierra los ojos, me pide más, más fuerte y grita, grita el miedo que nos devora cada vez que nos tocamos la piel.

21. Le digo a Dana que lo que compartimos no necesita un cuerpo.

22. Vuelvo al trabajo y me parece notar que el piso es distinto: más limpio, no tan rayado, el azul más claro. No le pregunto nada a nadie porque cuando hago esas preguntas se ríen y me dicen que no sea flashera. Después del vértigo,

todo esto me produce una sensación de inestabilidad que no me gusta. Siento que me voy a marear, que no puedo confiar en mis ojos, que no puedo confiar en mis pies ni en lo que pisan. Estoy guardando libros con esa sensación hasta que aparece el gerente y me dice *¿te gusta el piso nuevo?*

23. Soñé que entraba a un lugar que parecía un shopping muy luminoso, muchas personas pasaban, todas tenían bastones y caminaban con ellos porque solos no podían. Algunos tenían las piernas casi sin músculo, atrofiadas, otras se reían mientras señalaban la manicura que les habían hecho. Todos estaban acostumbrados a algo y yo los miraba sin entender su alegría, ni esa luz que entraba desde no sé dónde; hasta que aparecía una de mis tías caminando normalmente y me regalaba algo: dos bastones para mí.

24. Estoy en lo de mamá, con Dana. Mamá me dice que me ve bárbara, me pregunta cuánto peso, qué linda que estás. Le digo que no estoy particularmente flaca, que peso setenta kilos, que creo se quedó con la imagen de cuando pesaba poco más de cien y por eso ahora se sorprende tan habitualmente. Insiste, qué linda que estás. A los tres días, Dana me dice: *¿tu mamá siempre te pregunta cuánto pesás?*

25. A veces una escalera puede ser una dificultad.

26. Cuando me siento débil, mi parámetro es la ducha. Si creo que me puedo duchar estando sola en una casa, es que voy a estar bien. Esta vez, la idea de levantar una pierna

para meterme en la bañera me parece un delirio, así que voy a dormir a lo de Dana porque mi hermano está de viaje y, si me voy a caer metiéndome en la ducha, por lo menos que haya alguien. Cuando nos despertamos le digo a Dana que nada mejoró. Mis piernas siguen raras, el vértigo demasiado presente.

27. Vamos a la neuróloga que me hace algunas pruebas clínicas y varias preguntas. Me van a internar.

28. Acá en la clínica, casi todo el tiempo estamos con Dana en mi cama, haciéndonos mimos, cerca. Me baja suero por un tubito que se conecta por una aguja a mi antebrazo y Dana se olvida (o no), y me hace mimos ahí y me aprieta y me duele. Me río cada vez que eso pasa, pero el nivel de cansancio que tengo es extremo. Empiezan a caerme lágrimas de los ojos, son tan incontenibles y tan desde adentro que no hago ningún tipo de ruido, siento que me limpian la cara. Estoy llorando con tanta claridad que no me duele la garganta. No tengo ningún nudo que desatar, todo está saliendo. Le pregunto a Dana si esto es no tener paciencia, me responde que no, que es atravesarlo. Entonces le pregunto cómo hace cuando algo es tan grande. Dana me dice que respira, que abre las manos y respira.



# **El rompecabezas de un monstruo**

María Fernanda Martins



## MARÍA FERNANDA MARTINS

Nació en Haedo en 1973 y después de muchos años volvió a su ciudad de origen. En esos años pasaron en su vida cosas dolorosas y también muchas muy buenas, que le permitieron regresar a su ciudad y a sí misma.

María se capacitó académicamente para asistir a víctimas de violencia familiar porque supo en carne propia de qué se trata, y sabe de violencia institucional por la misma razón. Estudió filosofía, teología, albañilería, electricidad, algo de derecho y ciencias económicas. Siempre buscó saber y planea seguir haciéndolo, para que el opresor no tenga nunca más poder sobre su vida.

## JULIETA SPALLETI

Ilustradora | @julispalletti

Nació en La Plata un 9 de mayo del año 2001. Aunque la pasión por el dibujo viene desde su infancia, fue durante la adolescencia que comenzó a dibujar con más interés y constancia. Actualmente transita el cuarto año de la carrera de Artes Plásticas de la Universidad Nacional de La Plata y realiza cursos externos de formación. Julieta produce todos los días, en sus obras busca expresar las diferentes realidades que atraviesa la sociedad contemporánea, entre la feminidad y la sexualidad, dejando un lugar reservado para el enigma y la ambigüedad.





## El rompecabezas de un monstruo

Tenemos que acordar cómo vas a venir vestida, me dijo la fiscal pocos días antes del juicio oral, como si la acusada fuera yo.

Mientras intentaba dejar mi espanto a un lado por lo que acababa de oír, también deseaba con toda mi alma hallar el modo de explicarle a la señora fiscal, de la forma en que menos me doliera, que la ropa que tenía puesta me la habían donado, que no iba a poder elegir tan libremente qué usar y que no tenía ropa interior, porque era lo único que la gente no donaba. ¡Estaba tan aturdida! Hacia donde girara mi cabeza me confrontaban la vergüenza, el dolor o el espanto. Al mismo tiempo, la fiscal seguía sentada frente a mí y parecía — como aquellos que leen sin leer— no darse cuenta de cuánto cargaba el expediente que tenía en su escritorio.

Todos parecían centrarse en que el hombre con el que yo había estado casada durante 17 años, y con el que había tenido seis hijos, me había acusado de ser lesbiana y una gastadora compulsiva. Y ponían tanto énfasis sobre esos

“delitos” que olvidaban que ese mismo hombre debía ser juzgado por haber intentado matarme junto a mis tres hijos más pequeños, prendiendo fuego nuestra casa. Y no yo.

¡Tan avergonzada me sentí cuando la fiscal pidió mi autorización para levantar el secreto profesional! Aclarándome, como si fuera un alivio, que mi psicóloga no sería juzgada por su desempeño, sino por la relación que, según mi ex marido, manteníamos. En cuanto a la segunda acusación, simplemente pretendía sembrar duda en cualquier persona que quisiera acercarse a ayudarme económicamente. Casi nada y, sin embargo, todo. Como en un macabro juego de bowling, él siempre tuvo la habilidad de provocarnos el mayor daño posible con un sólo movimiento.

Hasta ahí, yo había quedado devastada y con la tarea de sacar adelante a mis hijos. No nos había quedado nada material, ni siquiera la ropa que llevábamos puesta el día del incendio. Pero, a pesar de eso, la esperanza de empezar a vivir por fin en paz, me sostuvo y me dio las fuerzas que no tenía para emprender un camino que, si hubiese sabido lo duro que resultaría, jamás habría emprendido. Pienso en esto cada vez que en alguno de los escritorios de la justicia me vuelven a dar un golpe tan certero y tan invisible como los que mi ex marido solía darme.

A esa altura ya me había quedado claro que en el juicio oral las luces del espectáculo estarían sobre mí. Siempre voy a resistirme a entender por qué, y aunque comprendo que como sociedad hemos aprendido algo, hoy, 13 años después, sigue el foco puesto en mí. Cada vez que me presento en un juzgado clamando, con esa misma inocente rebeldía, un cachito de

justicia, vuelven a cuestionarme: ¿Cómo aguantaste tantos años? ¿Por qué no pediste ayuda antes? ¿Por qué seis hijos? Y quedo tan aturdida como las primeras veces, preguntándome por qué a mí, ¿por qué siempre se interpela a la víctima?

Durante mis primeras declaraciones tenía miedo de explicar que venía de una herencia familiar y generacional de silencios. Que aprendí pronto a no pedir ayuda cuando mi novio empezó a ser violento, que también aprendí a crearme autosuficiente, que entendí que debía serlo para poder sobrevivir, que no quería que juzgaran también a mis padres. Si bien yo no le contaba a mi mamá lo que sucedía, ella fue siempre una silenciosa testigo de muchas de las reacciones violentas de este hombre, ella también le tenía mucho miedo y eso reforzaba aún más mi propio silencio. La herencia se nos hacía cada vez más pesada.

Le contaba a la fiscal, pero no sé si no le importaba o no lo entendía, que todo empezó durante el breve noviazgo, cuando él encontró muchos de mis poemas y sueños adolescentes escritos en mis diarios y libretas. Me obligó a romperlos y algo se desgarró dentro de mí. Los reclamos y la violencia con los que reaccionaba cuando no aceptaba mis explicaciones, hicieron que dejara de escribir, y poco a poco de leer.

Le contaba también que mi novio fue mi marido demasiado pronto, que desde el día en que lo conocí hasta que nos casamos, pasaron solamente cinco meses. Pero no sabía explicarle por qué a pesar de que en esos meses la escalada de violencia fue tan abrupta, yo no fui capaz de huir a tiempo. Le contaba que él me repetía una y otra vez que sin mí no podría vivir, y yo lo creía y me creía responsable por su

vida. La última vez que quise dejarlo, unas semanas antes de nuestro casamiento, me amenazó con suicidarse parándose delante de un tren que estaba a punto de partir en la estación de Merlo. Ese fue el momento en que el terror empezó a ser parte de mi vida, pero aún me faltaba mucho para entender que su amenaza de suicidio era sólo una más de sus estrategias de manipulación. Una de tantas.

Me casé por miedo a que cumpliera sus amenazas y nos mudamos al pueblo donde él había nacido, y donde su padre había asesinado a su madre antes de suicidarse, cuando sus seis hijos eran aún pequeños. Obviamente, la verdadera versión de esta historia la conocí demasiado tarde, y el intento de *remake* lo viví luego en carne propia. Poco menos de un mes antes de nuestro casamiento quedé embarazada de mi primer hijo. Ya casada y embarazada, veía cada vez más difícil escapar de ese infierno y él lo sabía muy bien. En ese estado de indefensión dio un giro a sus amenazas y empezó a decirme que si yo alguna vez lo engañaba o intentaba dejarlo, él tomaría al bebé que aún estaba en mi vientre, lo metería en una bolsa y lo arrojaría al río. Mi parálisis fue total, con una imposibilidad absoluta de contar lo que estaba viviendo, de pedir ayuda e incluso de defenderme de sus ataques. Así vivimos un infierno de 17 años, pero simulando que estábamos construyendo una familia ideal. De la puerta hacia afuera muchos lo creían, otros tantos lo querían creer.

Los abusos fueron una constante dentro de mi matrimonio, si me negaba a complacer sus deseos sexuales estallaba en un episodio violento que había que contener hasta que se calmara y luego simular que nada había sucedido. Así una y

otra vez. Entre tantas imágenes que venían a mi mente, pude relatar una mañana en que salíamos para ir a misa, había pasado una noche de tortura porque me había negado a consentirlo, me encontraba en el octavo mes de mi tercer embarazo y mis dos hijos mayores tenían cuatro y seis años. Unas semanas atrás, una perrita de la calle que había alojado en casa había tenido sus crías. Esa mañana nefasta, él me obligó a subir con los nenes al auto, estaba muy irritado, muy violento, yo presentía que mi desobediencia iba a tener un costo muy alto, aunque nunca imaginé tanto. De pronto, empezó a manejar por todo el jardín de la casa pisando con el auto a cada uno de los cachorritos que nos seguían. Él me hablaba con voz clara, la serenidad de su voz no encajaba con la violencia de sus actos, me acusaba de haberla recogido, me repetía que si yo no hubiese alojado a esa perrita nada de esto estaría pasando. Era un monstruo y, durante la mayor parte de mi vida, fue mi peor pesadilla. No pude hacer nada, no me lo permitió. La impotencia y la culpa se me estrellaron en el cuerpo y en el alma, y los escombros que dejaron aún me pesan.

Nuestra asistencia a la iglesia religiosamente cada domingo era parte de simular la familia ideal. Ambos éramos catequistas en el colegio donde estudiaban nuestros hijos. Un detalle: la única Biblia que había en casa era de él y no me permitía leerla. Sin embargo, conservé a escondidas un Nuevo Testamento que una amiga evangélica me había regalado; lo atesoré, aunque no me atrevía a leerlo. Sumisión, terror, culpa y vergüenza eran parte de mi vida.

Cuando quedé embarazada por sexta vez ya no daba más, estaba consumida. Había tenido embarazos difíciles,



no sólo físicamente, sino porque cada vez que quedaba embarazada, mi marido/abusador/monstruo me culpaba de no haberme cuidado y dejaba de hablarme los primeros meses. Con eso se garantizaba que yo no reclamara ningún “privilegio” y que siguiera trabajando a pesar del agotamiento.

También en uno de mis embarazos llegué al momento del parto con una costilla y el coxis fisurado. A mi médica le dije que me había caído, pero en realidad él me había lastimado a golpes. Esa noche me echó de la habitación y me obligó a dormir en el piso de la cocina, hacía mucho frío y yo temblaba. Me acurruqué protegiendo mi panza presintiendo como siempre lo que iba a suceder, pero sin moverme ni emitir sonidos para que mis otros hijos no despertaran. Él se levantó, me fue a buscar en la oscuridad y comenzó a patearme. El motivo de su violencia era, otra vez, que no había aceptado tener relaciones sexuales con él.

Jamás le importaron mi cansancio, ni mis puerperios, ni mis suturas, ni mis heridas, ni los 120 kilos que llegué a pesar esperando que dejara de desearme. Durante aquel último embarazo mi ginecóloga me ofreció ligarme las trompas. Por primera vez, tuve en mis manos la posibilidad de zafar, al menos, de la culpa que me cargaría por futuros embarazos, pero mi abusador no me permitió hacerlo. En ese instante se cayó mi primer velo: tantos años me había culpado y, ahora que tenía la oportunidad de evitarlo, él mismo no lo permitía. Aunque a mi médica le dije que no, en la mañana en que me llevaban al quirófano, ella se acercó para preguntarme nuevamente si quería ligarme las trompas, me aseguró que si lo hacía él no tenía por qué enterarse y yo le respondí mecánica-

mente: “no, él siempre se entera”. Esa respuesta me sacudió la vida, pude oírme y sentir que algo en mí se había quebrado como uno más de mis huesos, como si me hubiese penetrado un rayo comprendí que no quería volver a pasar por eso nunca más, cada vez se me hacía más difícil soportar en mi cuerpo tanta violencia. Al fin había entendido que no quería seguir viviendo así, pero no sabía cómo salir. Y aún tampoco tenía muy claro que no era la voluntad de Dios que siguiera soportando esa violencia.

Los últimos años mi vida había sido una secuencia de malos presentimientos y de fracturas en lo más profundo de mi ser. Hasta que un día, en medio de un nuevo episodio violento, él me echó de la casa. Siempre lo hacía, me llevaba hasta la puerta, yo no atinaba a salir más allá de donde él me empujaba, él me agarraba de los pelos, me hacía entrar nuevamente y cerraba la puerta. Esta escena era tan predecible como repetida. Pero esa vez fue distinta, esta vez me arrastró hasta la puerta y, en lugar de volver a entrar, me soltó, quizás porque no creyó que yo sería capaz de salir como lo hice. Era la noche de comienzo del invierno, muy fría. Me fui.

¡Caminé tanto! Él no me seguía, estaba seguro de que yo volvería porque no tenía abrigo, ni dinero, ni lugar a donde ir. Recorrí varios kilómetros hasta la casa de la única persona que se me ocurrió podría ayudarme, le conté lo que había sucedido y le pedí que me permitiera quedar ahí.

Intenté dormir en una habitación con techo de chapa en un descampado, nunca en mi vida pasé tanto frío como esa noche pero, paradójicamente, nunca había podido, hasta entonces, pasar una noche en paz. En ese momento com-

prendí que necesitaba con urgencia salir del caos en el que vivía, que me estaba ahogando, que ya no podía sacar mi cabeza a flote para respirar, como cuando intentó ahogarme años atrás en el Club Español.

A la mañana siguiente decidí pedir ayuda para poder volver a mi casa y denuncié, por primera vez, la violencia familiar que sufríamos. Todavía recuerdo sentarme temblando frente al defensor del pueblo y negar haber padecido violencia física, mi negación estaba tan arraigada que apenas podía admitir cierta violencia psicológica, como si eso le restara gravedad, como si los golpes al alma no dañaran tanto. Son los peores, me dijo el defensor, y aunque no sé si quiso decir lo que yo entendí, estaba tan necesitada de creer que hacía lo correcto al denunciarlo, que lo asentí. Ese día logré que ordenaran la exclusión del hogar y un perímetro de restricción, y comenzó un camino de denuncias, cada una de ellas seguida de un hecho violento de parte de él, en represalia. La justicia retributiva en la que él era un experto.

Tres meses después de persecuciones, de amenazas, de nuevas denuncias y de un brutal desamparo de parte de las instituciones que intervinieron en la causa, el 27 de septiembre de 2008, a las tres de la tarde, se presentó en mi hogar y mientras mis tres hijos más pequeños dormían la siesta, prendió fuego su habitación, y luego el resto de la casa.

Ya todo terminó, fue lo único que atiné a escribirle en un mensaje de texto a mi psicóloga, mientras unos vecinos que nos habían rescatado del incendio nos refugiaban. Ella pensó que él había muerto, porque sabía que esa era la única forma en que podría haber terminado todo. Yo, ingenuamente creí

que semejante acto habría expuesto ante la justicia y ante la sociedad que mis miedos eran fundados, que aquello que tanto temí y con voz débil denuncié, ya no necesitaba demostración, que ya no harían falta pruebas. Ingenuamente.

Ese día inició un recorrido de lucha en juzgados que dura hasta hoy, casi trece años después, pidiendo justicia hasta a la Corte Suprema ¿El día del juicio oral? Transcurrió en el viejo edificio de tribunales de la ciudad de Mercedes, tal como se había anunciado: interrogatorios; a mi mamá la descomponen el terror y no puede declarar; él pasa por al lado mío y me sonrío; me ofrecen un vaso con agua que no puedo sostener y me preguntan si puedo seguir adelante, asiento con una fuerza que no es mía. En el piso de madera resuenan las esposas que torpemente deja caer el custodio del servicio penitenciario y que hicieron vibrar de terror a toda persona en la sala, menos al imputado; un abogado que intentaba defender lo indefendible. Vergüenza, dolor y espanto se sucedían en cada detalle hasta que, de pronto, la indignación de la psicóloga perito del juzgado quebró el hechizo siniestro que parecía envolver la sala. Una voz salvadora.

Ella lo conocía de pericias anteriores y los jueces le habían pedido un informe para determinar si el acusado estaba en condiciones de presenciar el juicio. En su declaración narró que al entrar a la habitación donde lo entrevistaría, lo saluda:

—Qué tal ¿cómo está?

—Muy bien, esto se resuelve fácil- responde él, inmutable.

—¿Sí? ¿Cómo?— le pregunta desconcertada.

—Que ella venga y me pida disculpas— sentenció.

Sin posibilidad de comprender ese relato, más que por el

énfasis en la indignación de quien lo estaba diciendo, en ese instante, dejaron de juzgarme. El tribunal calló, la fiscal guardó sus argumentos, el abogado defensor ya no me acusó, y ya no hubo testigos por presentar. La fuerza de la indignación venía por otro lado y no era la mía, pero gracias a ella, al menos por un breve tiempo, se juzgó a quien debía ser juzgado.

Y a pesar de que la violencia y los abusos que padecemos durante 17 años jamás fueron condenados, aún tengo fe de llegar a escribir algún día que al fin la justicia nos hizo justicia. Pero no sólo por mí y por mis hijos, y por los hijos de mis hijos, sino por Moni, por Wanda, por Mirta, por Alba, y por todas aquellas que no tuvieron la “suerte” que yo tuve de sobrevivir cada día, a mi victimario y al sistema.

# FICCIONES



# **Mala madre**

Silvia Beatriz Matarasso



## SILVIA BEATRIZ MATARASSO

Nació en enero de 1953, es Profesora Normal Nacional en Jardín de Infantes y Técnica en Minoridad y Familia por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

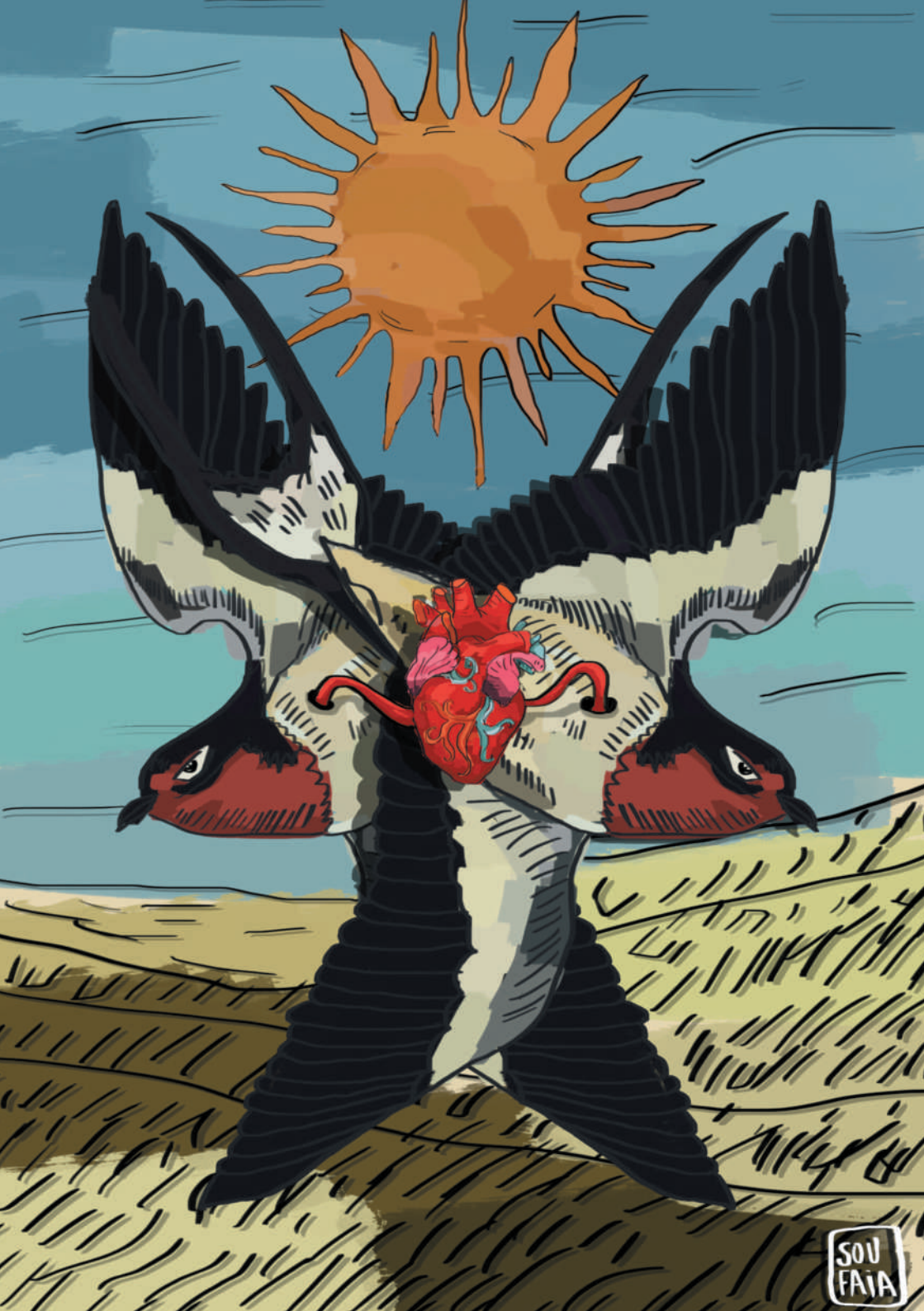
En el año 1990 se desempeñó como Directora Fundadora del Jardín Comunitario *PRODIBA* de Educación no convencional en Villa Itatí y como trabajadora social en Equipos Interdisciplinarios en escuelas primarias. Como docente convive con la realidad social y cultural de los barrios populares, conoce las problemáticas y padecimientos de las niñas, niños y sus familias. De esas vivencias, la autora hizo el núcleo central de sus narraciones, visibilizando historias que no son contadas, en especial de mujeres y LGTBI+.

Ávida lectora desde niña, se introdujo en el mundo de la escritura en los talleres barriales de Quilmes, ciudad en la que reside. Participó en Antologías colectivas exhibidas en muestras de la Casa de la Cultura de su ciudad. Cursa talleres y seminarios de escritura creativa.

## SOFIA ALBERICH

Ilustradora | @sou.faia

Es diseñadora gráfica *freelance*, pintora e ilustradora, oriunda de Ranelagh, estudió Diseño y Artes Plásticas. Sobre su trabajo Sofía dice: “si hay algo que me salva los días es expresarme a través del arte. A veces las palabras no me alcanzan, no me encuentran. Dibujo con amor y odio, decantando lo que pasa adentro, o un intento del mismo”.





## Mala madre

### 16 de agosto, 10 horas

Hoy es el día de visitas, no sé si te van a traer y yo tengo un nudo en la garganta que no me deja mover un dedo. La María está cantando mientras lava sus trapos y los pañales del rubiecito. Claro, ella está contenta porque todavía puede estar con su hijo. Creo que la infeliz lo hace para joderme, pero ya la voy a agarrar a esa perra, uno de estos días la arrinconó. Para colmo, justo me toca la cocina, hacer las tortas fritas para los que vienen, y la gorda meta grito que me llama: “Ceci que no te hagas la boluda”; ya voy, ya voy, le digo, pero sigo pegada al banquito con la hoja en blanco.

Anoche tuve un sueño hermoso. ¿Te acordás de cuando estabas conmigo? En la guardería yo te leía el cuento ese de los conejitos y vos decías “otra vez Ceci, otra vez”, y ponías tu dedito en los dibujos. Ceci me decías, por más que yo te repetía “mamá, decime mamá”, y vos te reías cuando te hacía cos-

quillas. Soñé que estábamos de nuevo juntos, que los barrotes no nos iban a separar nunca. Pero ellos dijeron que esta no es vida para vos, en este encierro, que no es saludable, que tenés que estar afuera. Estar con la familia como un chico normal, y entonces la abuela te vino a buscar y te llevó.

*Mercedes, “la Piru”, como le dicen en el barrio, se levanta del lecho donde yacía con sus hijos. Su ropa está mojada, uno de los más chicos se orinó entre sueños. Alisa la abundante melena azabache y arrastra su cuerpo hacia el brasero. Pone la pava para hacer unos mates. No tiene fuerzas para salir, pero no le queda otra, no hay más leche ni algo para poner en la olla. La libretita negra del almacén está colmada con sus gastos y ya no puede pedir fiado. El viento se filtra entre las hendidias de las chapas como agujas heladas y mueve suave las cortinas floreadas cosidas a mano. Mercedes se sienta junto a las brasas y el líquido caliente reaviva su cuerpo cansado. Su marido ha vuelto al Paraguay, como siempre después de cada embarazo, a vivir allí otra vida, pero ella no lo extraña, puede sola. La Ceci está presa y ya no le puede dar una mano con los chicos ni con el carro: esa ya está perdida.*

### **12.30 horas**

Es temprano para la hora de la visita, hoy amanecí oscura y tengo un mal presentimiento. No sé qué te estarán contando de mí, que soy una chorra drogona, una puta que te abandonó por su mala junta. Mala madre. Mala madre, no. Cuando seas grande y puedas comprender, te voy a contar por qué estoy acá. Y yo te extraño mi amorcito, no sabés cuánto....

*Los policías irrumpieron en la casilla, aparecieron de la nada. Llovía esa noche, pero Mercedes mantenía su piso de tierra*

*bien alisado. Era su batalla contra el barro que amenazaba con entrar. Ella siempre se aseguraba de que todo estuviera limpio y ordenado. La ropa apilada prolija en el estante y las polleras para ir al culto colgadas de las perchas, sostenidas por un clavo.*

*Rompieron a patadas la puerta que tanto le había costado conseguir. Los chicos arrinconados debajo de la mesa y ella haciéndole frente a los policías. Las armas no la asustaban demasiado, convivió con ellas desde chica. Revolvieron sus pocas pertenencias, rompieron sillas y las cortinas que separaban la cocinita del dormitorio al grito de “¿dónde está la sucia?, ¿dónde está la hija de puta?”. Buscaban armas, drogas, dinero, pero no encontraron nada. Dejaron todo patas arriba y se fueron furiosos. Ya la iban a encontrar.*

### **13 horas**

El tiempo se me estira como chicle de tantas ganas que tengo de abrazarte. Hoy se armó bardo entre las chabonas, estaban como locas y casi que nos quedamos todas en las jaulas y sin visitas. Después las milicas se relajaron y nos dejaron salir al patiecito a teñirnos y a pintarnos las uñas para estar más lindas, pero yo me quedé con la Chanchi. Tuve que cambiar mi cepillo y el lápiz de labios por unos cigarros, no me importaba andar hecha un bagayo. Pero hoy quisiera estar un poco mejor, tal vez una de las flacas se compadezca y me preste algo, por ahí hoy te traen.

Mercedes sabe dónde se refugió la Ceci. Le había dejado a su crío y se fue a la villa “Los Eucaliptus” con el vago que la enamoró. Abandonó la secundaria para irse con ese. “Era buena alumna”, así le dijo la asistente social de la escuela cuando fue a averiguar por qué faltaba la chica. “Es buena

alumna, qué pena” dijo, y ella sabía que sí. La Ceci es la más inteligente de la familia, si hasta ella misma hizo sólo primer grado y tuvo que dejar.

Por el barrio todos sabían que la Ceci andaba con el que apareció un día con otros vagos y se quedó en la casilla, a unos metros del santuario de “San la Muerte”. De noche algunos le prendían velas rojas y le obsequiaban petacas de whisky y cigarrillos que nadie se animaba a robar, para que se cumplieran las promesas y los protegiera. Todos los 16 de agosto salían los devotos hacia Wilde a rendirle homenaje al santo, iban cargados de ofrendas.

A Ceci se la veía salir con el novio en la moto, en cualquier momento de la tarde o la noche hacia las casas del asfalto. Los rumores y chismes de que el tipo andaba armado circulaban por los pasillos de tierra, minados de escombros y restos de basura, zanjas hediondas de aguas servidas, abiertas como heridas incurables, angostas callejuelas bifurcadas y circulares como laberintos sin fin.

Más de uno le contó que ese hijo de mala madre la obligaba a salir a robar, que se escuchaban los gritos y los golpes en la casilla donde vivían, pero Mercedes ya estaba cansada de andar detrás de la Ceci, que poco caso le hacía.

### **13.30 horas**

El tiempo no pasa más y yo me pongo a escribir, la Jujuy está colgando sus trapos aprovechando el sol que salió esta mañana. Pone la cumbia a todo lo que da y se menea como una gata y yo no le digo que no moleste, ella me regaló unas hojas que arrancó de su cuaderno de tapas duras. Te quiero

escribir algo lindo de cuánto te extraño mi chiquito, pero con esas palabras bonitas como las que nos enseña la profe de literatura, esas que suenan como una musiquita. Cómo me cuesta encontrarlas para que sepas lo que siento por vos, ahora no me sale ni una sola. Me duele la mano, no tanto por la piña que le di a la pared, sino por apretar tanto la birome para que me salgan las letras redonditas y bonitas, como las de la profe en el pizarrón. ¿Qué te hacés la poeta? me dicen las otras, si supieran que todas las cosas que te quiero decir se me vuelan de la cabeza. Me pregunto cómo estarás, si la abuela te mandará al jardín de infantes, pienso en los dibujitos que estarás haciendo... y si en una de esas me haces uno para mí.

*A Ceci le decían “Luz” desde chiquita, menos Mercedes que se empeñaba en llamarla por el nombre que le puso. Era la tercera hija de los seis que tuvo, sin contar al fallecido. Luz la llamaban en el barrio porque era rápida como un rayo para encontrar cartones, alimentos y, a veces, algún tesoro como joyas o billeteras con dinero en los contenedores de la ciudad.*

*Salían de la villa varias familias, casi todas mujeres y algunos hombres viejos. Tomaban el colectivo 98 y bajaban en la Estación Constitución, allí se quedaban las madres con sus críos, bajaban al subte a pedir monedas por todos los ramales o vender estampitas de Santos. Los viejos se encargaban de llenar los carros con cartones. A la noche se juntaban todos para tomar el tren Blanco para volver.*

*Rápidamente Ceci-Luz se convirtió en la líder de los chicos, ella había descubierto la calle Florida en sus recorridas por la Capital y de inmediato se enamoró de esa peatonal, llena de luces y negocios. Quedó fascinada con las vidrieras adornadas con flores y faroles chiquitos, con los vestidos, los jeans y las zapatillas. Ella*



*conocía todas las marcas por la tele y las revistas que encontraba. Todos disfrutaban de las hamburguesas y las papas fritas de las cajitas felices de McDonald's que rescataban de la vereda, no importaba que estuvieran un poco mordidas. En ese lugar mágico ella se sentía como una turista.*

### **14.30 horas**

La vieja hace semanas que no aparece. La última vez que vino me dijo que desde Quilmes hasta Ezeiza es mucho viaje, que no puede pagar los pasajes, que está muy ocupada. Para colmo, la María está dele refregarme que tiene a su hijito. Me cuenta de los juguetes que le van a regalar y la ropita y las zapatillas de marca que le trae la madre, lo lindo que la pasan en la guardería y en los juegos del patio. Lloro sola en la cama y las otras no escuchan o hacen que no escuchan, pero ellas también lloran y yo me hago la tonta. Pero yo tengo algún consuelo. Chanchi, la gorda del taller, me está enseñando a tejer. Te hice unas medias azul cielo sin costura, te van a gustar, son para esos piecitos que muero por besar.

La Gorda me dice “en una de esas aprendés y te sirve para vender medias o bufandas y juntas algo de guita, así salís de la calle y dejás de hacer boludeces. Porque laburo no sé si vas a conseguir”. Ella tiene razón, te presentás, te preguntan dónde vivís y si decís “pasillo Ayacucho sin número”, enseñada saben que sos de la villa. Lacras somos para ellos, somos negros de mierda.

*Mercedes reconoce íntimamente, y sin culpa alguna, que siempre ha sido severa con sus hijos cuando no la obedecen, sobre todo la Ceci, la más rebelde. Y uno a uno fueron echados a la calle,*

*luego los iba a buscar, más por necesidad que por amor. El Ulises nunca volvió. Ella supo que vivía con una banda de pibes, que dormían bajo un puente en la Capital.*

### **15 horas**

Ayer charlé con la profe de literatura, Hilda, que es la única que me escucha. Es un gusto charlar con ella. Me impulsa (esa palabra me la enseñó el otro día) a escribir mis pensamientos y sentimientos para poder sobrellevar este encierro. “Podés escribir poemas y mandárselos a tu hijito”, como una canción, me dice. Y yo mucho no me animo, por las faltas de ortografía y eso. Además, los poetas son gente muy importante que escriben libros con palabras difíciles, lo veo en los libros que ella me presta. Y yo qué soy, una presa burra, con poca cultura, como se dice. Pero algún día me voy a animar, con todo lo que tengo adentro. Pienso que si termino acá la secundaria pueda mejorar y, quién te dice, llegar a ser una profesora como Hilda y a escribir un libro para contar mi historia.

*Mercedes permanece sentada en el banquito sorbiendo las últimas gotas, ya frías, del mate desabrido. Aún no despertó a los chicos, su cabeza es un torbellino. Por primera vez en mucho tiempo siente que las fuerzas la han abandonado. Su rostro bello, arrugado prematuramente, se contrae pero sus ojos están secos. Un dolor punzante atraviesa su pecho y ella piensa en morir, ya no puede sola. Hace tiempo que el pastor le ha dado la espalda, cansado de sus constantes demandas. Ayer el Dieguito le pidió ver a su mamá, hoy es el día de visita a Ezeiza. Dieguito... de un modo inexplicable Mercedes se da cuenta de que se ha aferrado a*

*ese pequeño como nunca a ninguno de sus hijos. Con sus abrazos y su dulzura ha aflojado su impermeable coraza. La mira con sus ojitos de niño viejo y ella siente que él es el único que corresponde a su soledad. ¿Y si van a la cárcel y ven a la Ceci? El temor se apodera de su cuerpo y la deja exhausta.*

*La sobresaltan los ruidos y risas que provienen de afuera, es la multitud de fieles que llevan las ofrendas todos los 16 de agosto a San La Muerte, al gran altar de Wilde. Una idea extraña sobrevuela en su mente. Lejos de ser creyente de ese santo y pese a la prohibición de su culto, tiene un palpito. Necesita saber. Necesita saber qué hacer. Necesita una respuesta. Arropa a Dieguito y se viste rápidamente, corre hasta alcanzar al gentío que ya ha recorrido varios pasillos.*

## **16 horas**

Ha llegado la hora. El parlante anuncia que las visitas están por entrar. ¿Vendrá? Recuerdo el sueño de anoche, yo estaba aferrada a un árbol, mis pies sostenidos a sus raíces gigantes que crecían y crecían, y yo estiraba los brazos porque arriba de todo estabas vos sentado, llorando, yo te quería alcanzar. Pero las ramas y las hojas se enroscaban en mi cuerpo y me hacían sangrar.

Arranco una hoja y me brotan estas palabras para vos. Es mi regalito, porque hoy es tu cumpleaños.

*Ojitos de miel*

*envuelvo mi corazón en las alas de un gorrión  
que vuelen, que vuelen  
que las púas de mi prisión se hagan sol  
y lleguen hasta vos.*

# **Los mochos**

Florencia Di Paolo

## FLORENCIA DI PAOLO

Nació en 1993 y creció en Coronel Pringles, provincia de Buenos Aires. Es licenciada en Comunicación Social por la UNLP y docente. Formó parte del colectivo literario LITIN, escribió y editó varios textos para ese espacio. Participó en distintas antologías literarias como Autocruzados (EPC, 2016) y Breaking Bones (EPC, 2016), entre otras.

En 2019 fundó Ediciones Tutuca, una editorial que se propone editar a mujeres cis y personas de la comunidad LGTBI+. Publicó su primer libro llamado *La extinción de nuestro mundo*, en el año 2021. Forma parte del equipo de comunicación de la Subsecretaría de Política Criminal del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos en la gestión bonaerense.

## ANA MAC DONAGH

Ilustradora | @anamacdonagh

Nació en La Plata en 1974, es ilustradora y Diseñadora en Comunicación Visual, egresada de la Facultad de Artes (UNLP).

Siempre le fascinaron las imágenes, las historias, los libros y las tipografías. Se especializa en diseño editorial e ilustración infantil y juvenil. En sus trabajos predominan los colores saturados y la combinación de técnicas como el collage y lo digital. Tiene varios libros publicados, entre ellos “*¡Socorro! Tengo un hermanito*”, del cual es autora integral. Vive en la Ciudad de Buenos Aires, donde formó su familia.





## Los mochos

Las luces de las calles del pueblo titilan al atardecer, cuando la tensión baja. Después se estancan haciendo de la soledad una obra de teatro. A la Yami le gusta caminar a esa hora, apretando la correa del Claudio doblada tres veces en su mano, como si tuviera una manopla de acero. Hay algo en la compresión que funciona como un hechizo protector contra los peligros del exterior: una manta pesada para cubrirse ante los ruidos de la noche, unas palabras pronunciadas con seguridad.

Yamila sabe que lo único que diferencia una oración de un hechizo son las intenciones. Las velas y las piedras ayudan a potenciar el acto de fe, pero sin intenciones, no son más que adornos. Está acostumbrada a la magia desde chica, por su abuela materna, la Quirqui. Le decían de esa forma porque cuando era chiquita le rapaban la cabeza para evitar que se contagiara piojos, entonces cuando su pelo comenzaba a crecer se asemejaba a un quirquincho. Lo cierto era que ella odiaba ese sobrenombre, pero con el



tiempo fue acostumbrándose y, de grande, no volvió a cortarse el pelo nunca más.

La Yami vio a su abuela con el pelo suelto sólo una vez porque siempre se lo peinaba en una larga trenza. Un día no alcanzó a dejar la mochila en el sillón del living, que la Quirqui la tomó del hombro y la condujo a la puerta porque tenía que hacer un mandado y no quería dejarla sola en la casa. Caminaron dos cuadras, que se hicieron largas, porque la Quirqui tenía una leve cojera que se agravó con los años y no había llevado su bastón. Ella usaba el bastón como un cetro o una varita mágica con la que enfatizaba verdades mientras tomaba mate sentada en la reposera del patio. Yamila escuchaba todo lo que la Quirqui dijera, porque la Quirqui era la única que la escuchaba a ella.

Elvira atiende la santería desde siempre. Ella y la Quirqui se criaron en la misma cuadra, de hecho, la casa de Elvira sigue siendo la misma, en la que tiene el negocio. Cuando la Quirqui se casó, se mudó cerca. Su marido nunca lo supo, pero el motivo de que ella insistiera en comprar esa casa y no la que habían visto en calle Rivadavia, con un fondo más grande, no era la luz que entraba al living por la mañana.

Elvira nunca se casó.

—Podés entrar al perro, amorcito— le dijo Elvira cuando la vio abrir la puerta y desdoblar la correa.

La historia se repetía siempre: Yamila abría la puerta de la santería y le ponía la correa a el Claudio, aun sabiendo que Elvira le diría que podía entrar con el perro. Pero ambas sabían que eso era lo correcto: “las personas deben conocer su lugar”, decía la Quirqui y dejaba una moneda a la entrada

del cementerio. Entonces Yamila trasladó esa premisa a todo, incluso a su trabajo. La Yami había heredado la clientela de su abuela, predice el futuro con cartas españolas, lee el tarot y tiene visiones. Algunas veces hace trabajos de magia blanca.

En la magia es importante conocer los límites. Todos los deseos tienen doble filo, por ejemplo, querer enamorar a alguien puede llevar a obsesiones que conviertan a la persona amada en alguien irreconocible. Lo único que la Yami no hace son amarres.

—¿Y este quién es?— pregunta la Yami mirando a un costado, sobre el hombro izquierdo de Elvira.

—Es el marido de Gladys, la de la retacería.

—Está triste, parece.

—Asustado, amorcito. A veces tardan unos días en darse cuenta, pero ya estoy ocupándome.

—¿Necesitás ayuda? Puedo mañana después de las 10.

—Creo que voy a estar bien sola, pero te aviso, amorcito... ¿A quién tenés mañana?

—La Nelly Fernández Cano.

—¿Ella te contactó a vos?!

—Sí.

—¿Sabe que sos la nieta de tu abuela?

—Supongo que sí, porque le di la dirección.

—No la atiendas. ¡No se merece ni macana esa arpía!— grita golpeando el mostrador con las dos manos.

—Necesito la plata, Elvi, ¿por qué decís?

Elvira baja la vista y le cambia de tema.

—¿Qué vas a llevar, amorcito?

—Dos velas tijera blancas y cinco rojas largas.

Ese día con su abuela compraron velas negras. Elvira las envolvía en hojas del diario local y siempre hacía el mismo chiste: “después límpialas bien, amorcito. No vaya a ser cosa que las velitas se contaminen de tanta mentira”. La Quirqui siempre se reía y le daba dos besos, uno en cada mejilla.

Mientras Elvira prepara el paquete, la Yami ve cómo sus manos se detienen sobre las velas un ratito, esta vez sólo dice: “que no haya mentiras”, como una orden. Las palabras salen de un lugar más profundo que su garganta, más allá de sus cuerdas vocales. Más allá de su misma persona. Elvira es médium y siempre canaliza los mismos espíritus: Angelita, una niña que vivió en los años 20 y murió a los cinco años; José Cruz, un hombre del siglo XIX, y Anunay, una joven mapuche de la que no se sabe nada más que su nombre, porque sus mensajes son tan antiguos como la pampa misma. La Yami sabe lo que Elvira está haciendo: darle órdenes a las cosas para que se conviertan en talismanes.

Cuando la Yami tenía diez años tomó dos velitas blancas del aparador donde la Quirqui guardaba las cosas del trabajo y las prendió en el altar, debajo de una estampita del Sagrado Corazón. Yamila estaba enamorada de Jesús, se quedaba mirando la cruz cuando iba a la iglesia con su abuela los domingos. La imagen tallada en yeso fue el primer torso masculino desnudo que vio la Yami en su vida. Le daba un poco de culpa encontrar atractivo en un cadáver colgado cuyos huesos podían distinguirse a través de la piel extremadamente blanca, como si el artista se hubiera olvidado de pintar su cuerpo y sólo hubiera apoyado un pincel embebido en sangre en la tercera costilla del lado derecho.

Pero su abuela sofocó las llamas con una cuchara y apagó las velas. Le dijo que los rituales se intencionan y planifican, que hay que darle propósito a las cosas. Le preguntó para qué eran las velas y la Yami se quedó mirando al piso. Había cosas de las que no se hablaba, pero que después explotarían como el aire espeso del ojo de un huracán.

Las dos vivieron siempre en ese clima: árboles desenraizados flotando en el cielo, acechando el cotidiano como cuervos a la carne muerta. La ausencia puede hacer catástrofes, también algunas presencias. Pero en un momento, todo se alivió —o eso parecía— sólo para volver a tensionarse.

La Yami le dijo a su abuela que había prendido las velas por sus padres, pero eso no era cierto. La Quirqui lo sabía, pero eligió creer, ese día estaba tapada de trabajo y si no pagaba los servicios pronto les cortarían la luz. Trabajar con canalizaciones desgasta al cuerpo. La Quirqui no atendía a más de cuatro personas, pero en esos tiempos quien dice cuatro, dice seis. Entonces la Yami se quedó mirando a ese hombre de cuyo corazón salían rayos láser y le rogó que no volviera a pasar.

Fue años más tarde cuando Yamila le contó a su abuela lo que pasaba los jueves en la clase de catecismo, cuando el cura pasaba a saludar por el salón parroquial. Elegía a una niña para que lo ayudara a cambiar las flores del altar. A la Yami le tocó ir tres veces, la segunda vez le dijo a la catequista que no quería, pero ella le explicó que tenía que ser respetuosa y que era un honor compartir tiempo con un hombre “de dios” como era el padre Omar.

La tercera vez, la Yami descubrió que al Cristo en la cruz le faltaba el dedo gordo del pie y se concentró en eso. Cuando

todo terminaba, le acomodaba una flor en el pelo y la mandaba de vuelta: “ve con dios, hija mía”.

Cada vez que la Yami veía llegar a una niña con un clavel blanco en la cabeza, sentía que mariposas gigantes la comían por dentro. Poco a poco entendió que no hay heroísmo en morir por los pecados de otra persona.

—Cada día estás más parecida a ella. Cómo la extraño, amorcito. Cómo la extraño a la Esther— Elvira la toma de la cara con ambas manos, inclinando su cuerpo por sobre el mostrador.

Ella era la única que la llamaba Esther, nunca le dijo Quirqui, ni siquiera cuando ésta empezó a apropiarse de ese apodo. La Yami vuelve la vista al mocho que Elvira tiene al costado, pero éste no la mira. Su figura es gris y tiene los ojos excesivamente abiertos, direccionados hacia la Yami, pero ella sabe que él no la mira, que eligió a Elvira para que lo ayudara a cruzar. Esos trabajos no se pagan, se hacen por misión.

Cuando Yamila vio a un mocho por primera vez corrió a la cama de su abuela, la Quirqui la levantó en brazos y la llevó de nuevo a su habitación. Le explicó que ese señor era su abuelo y le pidió a él que se fuera: “andate, Cacho, que me asustás a la nena”. Fue un tiempo después de que se llevaran a sus padres. Cuando volvieron de un viaje que habían hecho a Monte Hermoso con Elvira, su abuela la llevó a la casa de sus padres, pero la puerta estaba abierta. Al entrar vieron todo revuelto y la Quirqui la llevó a lo de su tía Irma, mientras ella trataba de recomponer algo de lo sucedido.

Lo poco que supo fue gracias a las persianas entreabiertas de vecinos y vecinas. La Quirqui tuvo que sacar informa-

ción a cuentagotas, en la comisaría no le decían nada. Nunca. Entonces empezó a viajar a Bahía Blanca, a La Plata, a Buenos Aires. Llamaban a su casa por la madrugada y la Yami escuchaba cómo su abuela maldecía como nunca la había escuchado: “¡Miedo tienen que tener ustedes, hijos de puta!”. Tiempo después empezó a escribirse con otras mujeres. La Yami le alcanzaba las cartas que venían del correo, ya abiertas. La Quirqui las leía y las quemaba en el patio con mirra e incienso.

Yamila se acuerda muy poco de ese día: la chocolatada con mucha azúcar de su tía, las idas y vueltas a la comisaría de su abuela, los sollozos propios y los ajenos en conversaciones que escuchaba desde la habitación. Las copitas de anís con el postre maldiciendo personas; una lista interminable de nombres.

La Yami creció de golpe, ver a su abuelo vino a confirmar su pertenencia a un linaje. Sus padres debían estar ahí, en algún lugar extrañándola con locura, pensando en abrazarla y olerla, en comerle los cachetes a besos como cuando llegaban de sus viajes y la pasaban a buscar por lo de la Quirqui. Después le quedaba doliendo la cara, pero esa sensación era para la Yami lo más parecido a la felicidad.

A la mañana siguiente de ver al mocho, la Quirqui la dejó dormir un rato más y la Yami faltó a la escuela. Su abuela sabía que tendrían esa conversación en algún momento: “Tu mamá también veía”, le dijo. Y ese pasado perfecto se convirtió en la lápida que sus padres nunca tuvieron. Le explicó que algunas personas ven, que no hay que tener miedo. “Miedo hay que tenerle a los vivos, hija. Más si vienen con traje o uniforme. Pero si querés, podés elegir dejar de ver”. Yamila supo que su decisión iba mucho más allá que sus dones. Lo vio

como una posibilidad, una ventana abierta en la casa de Dios.

A veces le latían tanto los cachetes que tenía que lavarse la cara con agua fría. Fue una mañana de domingo cuando los vio por primera vez, estaban recorriendo el patio; él tenía su brazo derecho sobre los hombros de ella, ella, el brazo izquierdo rodeando la cintura de él. El pelo de su madre bailaba sutilmente con el viento y la mano izquierda de su padre rozaba la Santa Rita a medida que caminaba, como si estuviera eligiendo una flor para regalarle.

Esa vez los vio de espaldas, las otras fueron más fugaces, pero pudo verles la cara. Una vez le pareció que le sonreían. Cuando empezó a verlos, entendió que su abuela ya lo sabía hace rato y por eso sus viajes no eran tan frecuentes, aunque las cartas nunca cesaron. La Quirqui sabía que tenía más de su hija en ella que lo que pudiera encontrar en otro lugar, sabía el lugar también. Pero era demasiado tarde para encontrar.

Los mensajes de los espíritus llegan como algo que se recuerda.

—¿La fuiste a ver esta semana?

—No, voy a ir el jueves. La semana pasada la noté triste, ya son muchos años...

—Esa Esther... Me acuerdo de los dos días que pasamos juntas en Monte Hermoso, cuando se llevaron a tus papis. Ella siempre quiso envejecer en el mar. Conmigo. Íbamos a envejecer juntas con la Esther.

Elvira siempre le contaba lo mismo. Por eso la Yami tardó en volver a la santería después de que su abuela cayera en cana, siempre le incomodó la pena de los otros, pero también la suya, claro. Ella se acordaba poco de esos días: dos señoras

agarradas de la mano en la playa, el olor dulce de la crema untada en su cuerpo para protegerla del sol, castillitos de arena y caracoles. La puerta de su casa entreabierta.

—Todavía pueden...

—Sí, amorcito. Te voy a dar unas cositas para que le lles... porque yo no voy a ir, no me deja. No quiere que la vea así.

La Yami sabe que lo más probable es que la Quirqui nunca salga de la cárcel, y que Elvira también lo sabe. Pero era lo correcto de decir. “No llames a la desgracia, hija. Que ya llega sin avisar”.

Sale de la santería y suelta a el Claudio. El perro corre media cuadra y vuelve hacia ella, corre media cuadra y vuelve. Al llegar a la esquina, espera. El Claudio llegó a la vida de la Yami un día de lluvia, lo encontró de cachorro, llorando en el porche cuando volvía de la escuela. Cerró el paraguas y se sentó con él, el animalito le apoyó su cabeza en la falda y se dejó acariciar y peinar por los deditos de la Yami. Cuando entró con el perro, embarrando todo el piso, la Quirqui la miró seria, pero no dijo nada.

Buscó una manta vieja y la acomodó debajo de la estufa, pero el Claudio siempre durmió en el pasillo, apoyado en la puerta de la habitación de Yamila.

Podría haber sido una casualidad, ya que el porche de la Quirqui era el único de la cuadra, pero cuando la Yami vio a el Claudio supo que ese perro era su padre, por eso le puso ese nombre. La teoría se confirmó cuando en el patio siguió viendo a Carmen, su madre, paseando sola.

Yamila se pone unas gotitas de aceite en las manos y las desliza con delicadeza por las velas. De arriba para abajo, la intención es disminuir; de abajo para arriba, es crecimiento.



Esta vez era lo primero. La Nelly Fernández Cano quería que una causa judicial no pasara a mayores.

Cuando iban a lo de la Quirqui, las personas estacionaban a cuadras de distancia o iban en taxi. Mientras más poder adquisitivo tenían las y los clientes, más lejos estacionaban. Yamila enciende las velas y acomoda los candelabros sobre la mesa cubierta con el paño violeta. Suena el timbre y el Claudio empieza a ladrar, tanto que tuvo que encerrarlo en su habitación.

Yamila abre la puerta y la mujer se abalanza sobre ella para abrazarla. El cuerpo de la Yami se hace pequeño y se pone duro como una piedra. No puede corresponder a ese abrazo.

Otra vez las mariposas gigantes.

—Vas a ver cómo ese tipo no joroba a nadie más— dijo la Quirqui, levantándose de la reposera y caminando a zancadas, casi sin cojear, fue hasta el ropero. La Yami nunca vio a su abuela tan ágil. El batón azul con florcitas blancas flameaba a cada paso. Salió de la casa con el rifle de Cacho, la iglesia quedaba a dos cuadras. Esa fue la última vez que la vio en libertad.

—Qué linda tenés la casa vos, nena.

—Gracias.

—Tu abuela, pobrecita, tenía todo más desordenado. Ella era más... —¿Qué se le ofrece? ¿De qué se trata esa causa?

—Viste que ahora están enjuiciando patriotas, nena. Este país no tiene solución.

Las ventanas del living se abren y golpean contra la pared, dejando entrar una correntada de aire que apaga las velas. La Yami se levanta para cerrarla y ve a su madre parada del otro lado de la calle, con las manos en el cuello y la boca

abierta, como si estuviera gritando. Los ladridos del Claudio se convierten en aullidos. Entonces Yamila mira a la Nelly Fernández Cano; la señora está de piernas cruzadas, mirándose las uñas, como si los sonidos que la rodean no existieran, como si en su cabeza solo sonara una melodía clerical. Yamila sonrío y se dirige a ella. La toma del cuello del saco. La señora se cae de la silla, grita, da patadas en el aire. Yamila la arrastra hasta la vereda y le escupe la cara a plena luz del día, cuando las persianas están abiertas y la gente se pasea por la calle.

Cuando vuelve a entrar suelta a el Claudio que salta y mueve la cola. Se prepara unos mates y sale al patio. El Claudio la sigue. Una brisa fresca le acaricia la cara y entonces la ve con el pelo suelto, parada delante de la Santa Rita. Tiene puesto un batón blanco, no necesita a nadie que la ayude a cruzar porque la Quirqui sabe. Se sonrían. Suena el teléfono con insistencia. Vuelve la vista buscando a su abuela, pero la Quirqui ya no está. Es Elvira que le dice entre sollozos:

—Volvió, amorcito, volvió la Esther.



# **Mami**

Alejandra Petrella

## ALEJANDRA PETRELLA

Nació accidentalmente en Turín (Italia), pero es argentina porque sus padres lo eran. Vive en Buenos Aires desde 1963, estudió derecho y se especializó en el área pública, convirtiéndose en jueza de CABA en el año 2000, cargo que ejerce hasta hoy. Es profesora de grado y postgrado, y autora de publicaciones de su especialidad. Le gusta escribir, concurre a talleres de escritura y cuenta que aprendió a militar por la igualdad de género, tanto al ver a su madre salir del sometimiento, como a sus hijas levantando el pañuelo verde. Alejandra cumplió su sueño de vivir en una casa con jardín en Beccar, resalta el don de la palabra. Sus cuentos no jurídicos aún son inéditos.

## VICTORIA BLANZARI

Ilustradora | @vlanzaryarte

Nació en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires el 13 de marzo de 1995. De chica se interesó por las artes, como el canto, la danza y por supuesto el dibujo. Su abuela paterna, que en su juventud supo ser ilustradora por hobby, fue de las primeras personas que la incentivó a dibujar como medio de expresión.

Victoria siempre se sintió conectada con el dibujo en todas sus formas, desde sus inicios con retratos al óleo, imágenes realistas y también cuerpos abstractos, hasta llegar a la ilustración con distintos elementos plásticos.



Handwritten text on a white headband, possibly reading "MUSIC IS THE BEST" or similar, though the text is partially obscured and difficult to decipher.



## Mami

—Mujer valiente tu madre,— me dijo Carlos, el casero de mis abuelos en la casa de Ramos.

—Nunca dependas de un tipo, nena.— Me dijo mi vieja, uno de los domingos que, al llegar a casa después de la salida con papá, me preguntó por el sobre. Por mi cara ya sabía que ni sobre, ni cheque, ni nada.

Crecí tratando de congeniar esas frases y entender lo que mi mamá había hecho, todavía me cuesta justificarla y quererla igual. Pero más trabajo me da entender cómo podía seguir enamorada de un tipo que se iba a Europa con su secretaria, y no depositaba la cuota de alimentos. Eso sí, venía a visitarnos y se encerraba con ella un rato en el baño a “charlar”. Después de eso sabíamos que la conversación la dejaba en estado zen y, al menos por una semana, no nos iba a enloquecer con el tema de la guita. A los días, alguien le hacía un comentario o le preguntaba por mi viejo, o encontraba en casa alguna de las cosas que, cuando le puso las valijas en la puerta, el tipo se había



dejado, y empezaba de nuevo la cantinela. Porque tu viejo es un flor de hijo de puta, porque yo dejé todo por él, porque yo hubiera sido primera bailarina del ballet de La Plata, porque podría haber conocido el mundo, porque yo, porque yo, porque yo. Mi vieja fue ella y sus frustraciones. Ella, su depresión y su dolor, ella y el abandono. Lo conoció a los quince, se casó y dejó todo: nacimos nosotros, su luz y su ocaso. El príncipe que se había convertido en la razón de vivir de mi mamá princesa, que al final era lo que le habían enseñado.

Cuando mi viejo se fue del todo, porque pasó algunos años entrando y saliendo de casa, la internaron en el Hospital de San Isidro para hacerle una cura de sueño. Pesaba cuarenta kilos, no se levantaba de la cama y lloraba sin parar. Mis abuelos cruzaron la General Paz de La Matanza a Béccar, se ocuparon de nosotros, se quedaron hasta la vuelta de mamá y un tiempo más. El día que volvieron a su casa, me hubiera querido ir con ellos, pero me tocó el papel de hermana mayor y madre de mi madre. A veces estaba mejor, otras peor. Tomaba unos remedios que no me podía olvidar de darle y con eso la vida, cada tanto, parecía casi normal. Pero al poco tiempo, la mujer del viejo de ese momento se embarazó y, de la depre, mamá mutó a un ser que se dejaba llevar por los demonios. Todo la enojaba, se había teñido de pelirrojo y se vestía tan llamativamente que más que atractiva daba vulgar. No paraba de pasar de un novio a otro y con cada uno decía que se iba a casar, nosotros sólo queríamos que papá volviera a casa. En ese círculo vivimos unos años, con y sin plata. Mejor y peor con el viejo, creciendo a los ponchazos como pibes sobreadaptados a fuerza de no quedarnos otra.

Era indistinto si nos iba bien o mal en el colegio. En séptimo grado gané la bandera de ceremonia en el Pizzurno, mis padres lo sabían, pero me pasé todo el himno buscándolos con la mirada entre la gente, no fueron. Eso sí, apareció el nono Gino con su cámara y su trípode sacando fotos, volvimos a casa callados caminando por Navarro.

Cuando entré a primer año —en el Malvinas Argentinas— llegó la alegría de nuevo, mi viejo se había separado de su mujer. Venía a casa, se quedaba a comer, charlaban en el baño y hasta una noche, medio borrachos, empezaron a planificar las vacaciones familiares en la costa. La vieja estaba más linda que nunca, sus treinta y pico le sentaban bien y ella lo sabía.

Pero con él nunca había proyectos válidos. A los pocos días volvió a desaparecer. Por un par de domingos tampoco nos pasó a buscar, al siguiente nos llevó al Tigre.

—Hoy la van a pasar chiche bombón, nos dijo. Esta vez pegué el braguetazo. Van a ver, dijo guiñándole el ojo a mi hermano que tenía ocho, pero al que ya pretendía hacer cómplice de sus conquistas.

—¿Qué es *braguetazo*?

—Ya vas a entender, le contestó mi viejo con su media sonrisa con la que iba por la vida seduciendo.

Subimos a un barquito en el que había otra gente y ahí la vi, se llamaba Estela y era del tipo de las que le gustaban a mi viejo: pelo largo medio castaño, culo grande, un *Virginia Slim* en una mano y un vaso en la otra.

—Hola, así que acá están los famosos chicos Balsame-llo, su padre me habló tanto de ustedes.

—Vieja forra, me susurró mi hermano.

Mis náuseas por la navegación sumadas al asco que me daba ese clon joven de mi vieja, me generaron un nudo en la garganta. No pude hablar, me acuerdo de que bajamos en una isla que tenía una casa con pileta, a las seis de la tarde le empecé a preguntar a mi viejo que cuándo nos íbamos. A las ocho seguíamos ahí, le dije que me sentía mal y que me quería ir. En lugar de darme bola, llamó a Estela:

—Ay chiquita, me dijo. ¿No te habrá venido? ¿Estás indispuesta? Te doy un *Evanol* y se te pasa enseguida. Y cuando mi viejo se fue a servir otro whisky, me dijo:

—Dale, déjalo disfrutar a tu papá, que trabaja mucho y tiene derecho a divertirse un rato.

Volvimos a medianoche. Mi vieja estaba esperándonos desde la hora de cenar porque nunca llegábamos después. Nos empezó a torturar a preguntas: que dónde fueron, con quién, qué hicieron y qué decía tu padre. Mi hermano, que siempre fue cagón, terminó vomitando todo lo que había pasado y hasta le contó que papá había dicho algo de un *braguetazo*, y que la dueña del barco se llamaba Estela. La cara de mi vieja se transfiguró. Le dí la pastilla de la noche que no había tomado, pero no la quiso. Los días pasaban con ella subiendo y bajando de la euforia a la tristeza, del odio al *no me importa nada*, de la indiferencia a la seducción.

Una de las noches que vino papá a buscarnos, ella lo hizo pasar. Tenía los ojos muy pintados, pestañas postizas y delineador negro. Se encerraron, ella prendió la radio. Vivíamos en una casa chorizo, de ambientes grandes, en la calle Ingeniero Marconi, de Béccar, el baño tenía azulejos negros

y era enorme. Al lado del bidet había una mesita amarilla en la que mi vieja había acomodado sus rúleros, el talco, el secador de pelo y las cosas para arreglarse las uñas en la parte de abajo, y arriba la *Noblex* que tenía onda corta y larga, y se podían escuchar todos los países, pero el dial estaba clavado en *Las siete Lunas de Crandall*, con la voz de Betty Elizalde. Al lado, una lata que era como un portalápices donde guardaba limas, pinzas de depilar y tijeras de uñas, había una afiladísima porque nos las cortaba a nosotros y a mi abuelo, que tenía las de los pies asquerosas y duras por una cosa que se llamaba onicogriposis, o algo así. Mi vieja jodía con que alguna vez iba a necesitar un serrucho.

Esa fue la que usó. Primero en la espalda, cuando se ve que mi papá estaba encima de ella, varias veces. Después, dado vuelta, le cortajeó la cara, el cuello; mi viejo la empezó a parar y gritaba que llamáramos a alguien, se ve que con todo lo fuerte que era, los puntazos en la espalda le habían hecho perder mucha sangre porque tenía la voz cascada. Entre los gritos, la música y Betty Elizalde con su voz melosa, mientras yo empujaba la puerta, mi hermano corrió a llamar a Samuel el del B, que llamó al vecino de arriba, que llamó a la Policía, que llamó al Same y al rato estaba la casa llena de sangre y gente.

Abrieron el baño que estaba negro y rojo, la cortina blanca de la bañera se había caído, era donde más se notaba la sangre. Había tanta gente y tan rara que ni vi cuando sacaron a mi mamá, mientras unos médicos atendían a mi papá que estaba sentado contra el inodoro. Alcanzó a guiñarme el ojo y le vi la cara como el baño, roja de sangre y negra de restos del delineador corrido de mi madre. Abracé a mis hermanos y

una señora nos llevó a lo del vecino. Más tarde vino a buscar-nos mi tía, nos armó un bolso y nos subió a todos primero al 343 y después esperamos mucho rato al 21. Las luces de la General Paz se parecían a las del patrullero que todavía seguía en la puerta de casa cuando nos fuimos.

Ese año ya no volvimos al colegio. A mis padres no los volví a ver hasta mucho después. De esos días sólo me acuerdo que por un tiempo nos llevaron a vivir a Ramos Mejía con mis *nonnos*, de la música de Crandall que no paraba de sonar en la cabeza y de la frase de Carlos, el casero, que dijo que mi mamá había sido muy valiente.

# **Sortilegio de protección**

Ana Gloria Morales

## ANA GLORIA MORALES

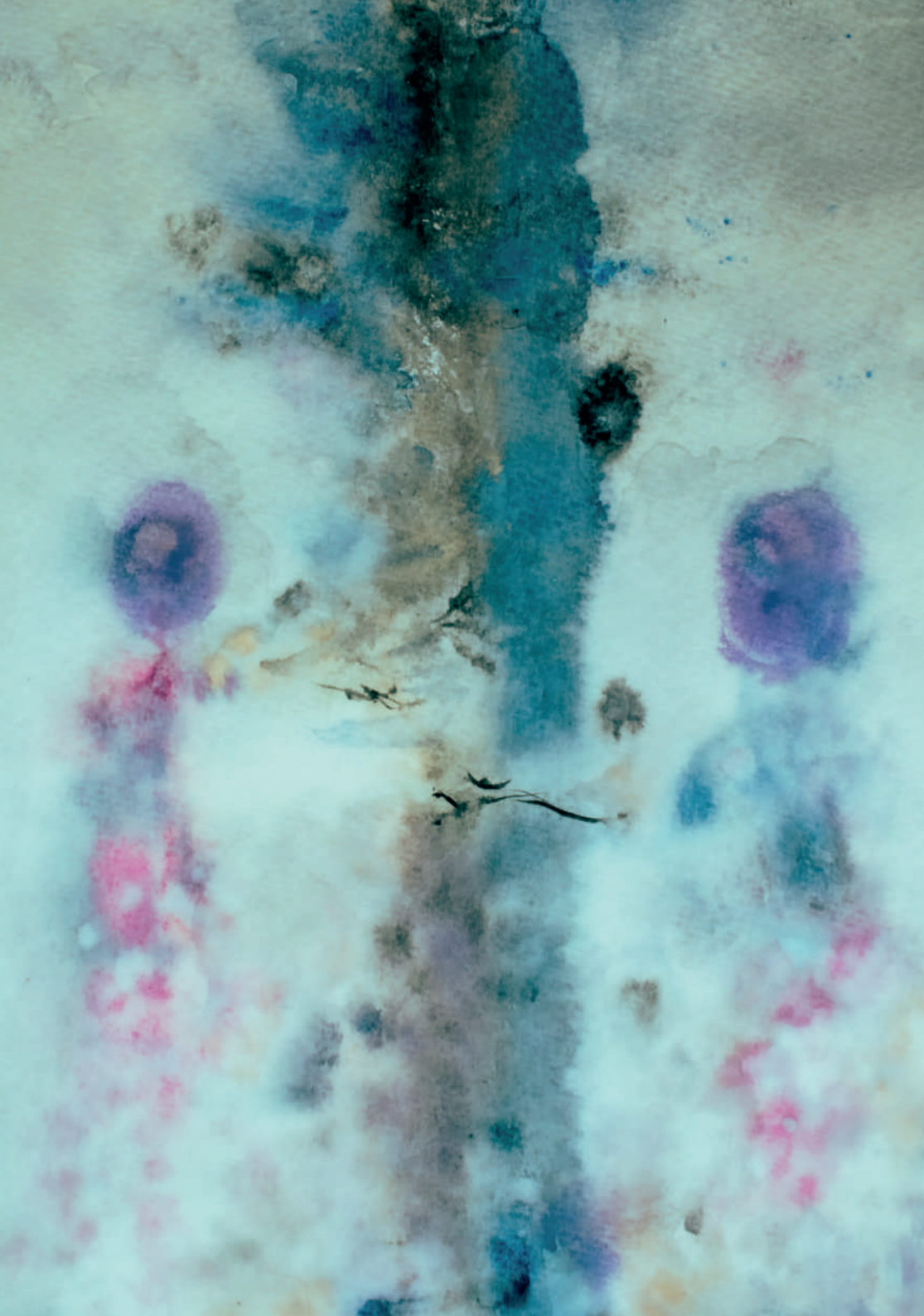
Nació en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, el 7 de junio de 1993 pero creció y estudió en Pilar, Buenos Aires. La curiosidad y un poder de observación ineludible se combinaron en ella para crear una adolescente, después una adulta, llena de palabras e historias que le urgía contar.

Asistió a un taller literario, una vez que se animó a compartir lo que escribía, y se inundó de más letras, sin dejar de lado la lectura voraz. Movida por la inquietud de siempre se recibió de médica en la UBA y actualmente es residente de Cirugía Infantil. Creó su primer cuento a los trece años y ya no pudo parar, a veces deja de escribir pero la escritura nunca la deja.

## JULIETA ACOSTA

Ilustradora | <https://www.behance.net/juliacostali>

Es diseñadora gráfica recibida en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo en la UBA. Su vida siempre estuvo vinculada con el arte ya que sus padres eran artesanos, ilustradores y amantes de las actividades manuales. En su casa todo era reutilizable y podía servir para algo más, nada se tiraba; así que la pintura, el collage y las manualidades siempre eran un buen plan. Aunque hoy en día la falta de tiempo no le permite hacerlo tanto como le gustaría, Julieta es muy feliz cada vez que puede dibujar.







## Sortilegio de protección

Me pediste que te enseñe a nadar. Subiendo la loma, atravesando el montecito, en el punto más alto justo donde se puede ver el precipicio, te reíste, y después el río: de ahí para abajo, esas fueron las instrucciones.

— No es tan fácil a esta edad, ¿eh?

Mis saludos con vos, Martín, nunca fueron “hola”, eran más parecidos a esos momentos en los que la marea baja y el enjuague del mar deja sobre la playa pedazos de lo que fue otra conversación, otras conversaciones de las que uno puede apenas imaginar un comienzo. Como si nos tuviésemos que conformar con la resaca de otras historias.

— Tenés treinta años.

Revoleando los ojos como lo hacen los adolescentes, siempre me decías la verdad, aún si ésta iba en contra de los hechos observables. Y aquel hecho era que mi cuerpo aparentaba más de los treinta años que se le adjudicaban en ese momento.

—Pasame la toalla, ¿nunca te vas a cansar de ser tan pelotudo?

— ¿De qué hablás?

—De la toalla, mirá como la traes, arrastrándola toda por la tierra.

Tu voz haciéndose más aguda cuando me cagabas a pedos me parecía adorable. Te lo digo ahora porque dicen que nunca es tarde, a mí me parece que a veces sí, pero ya no sé en qué creer.

Así como nos quedábamos con los momentos berreta, imitación de cualquier película romántica clase B, y ni siquiera las partes interesantes sino esas que ni aparecen en la edición final, escenas que tenían el potencial de ser algo más pero nunca llegaban porque yo soy un cagón, así como nos quedábamos con todo eso, también me quedaba con el sabor de todas las palabras agolpadas en la lengua. De todas las cosas que no podía nombrar.

— ¿Me vas a enseñar a nadar hoy?

Ahí estaba.

—La misma pregunta siempre, Tincho. Dejame de joder, no tengo ganas.

Era mentira. Nunca hubiese sobrevivido a ese momento si decía que sí. Podría pensar lo contrario pero eso me mataría ahora mismo. Era demasiada la tensión acumulada, ver todas tus pecas de cerca, sentir tu respiración agitada. Sostener la levedad de tu cuerpo para que no te lleve la corriente, tranquila pero capaz de arrastrarte si no estaba ahí para retenerte. Si eso llegaba a pasar, te apretaría contra mí. Vos me mirarías serio y yo me intentaría hacer el boludo y:

— ¿Por qué?

—A mí me obligaban a ir a natación, por gordo. La pasé pésimo, y cuando salía me desesperaba por comer y no me dejaban.

— ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Dale, enseñame, no seas ortiva.

Quiero pedirte algo. Cuando leas esto, acordate de que es sólo una foto, intentá quedarte con otros recortes nuestros. No puedo volver ahora físicamente a ese lugar, a la orilla del Río Luján, y enseñarte a nadar. Si pudiera lo haría, e incluso volvería al día siguiente y al otro. Pero, en ese momento, tocarte era una pulsión de muerte. Pensar en estar así de cerca tuyo era tan prohibido como idílico.

—Dejame de romper las pelotas.

Esta vez mi voz tajante, como un paredón materializado de golpe sin que lo pudieras prever, silencio absoluto. Sentados a la orilla del río, vos todo despeinado envuelto en una toalla, con las rodillas contra el pecho y la mirada al horizonte. Al lado tuyo, un Pablo con los cachetes rojos y la frente mojada, sentado sobre un tronquito. Ese Pablo era yo, pero no me quiero identificar con él en esta parte.

— ¿Pasó algo con Inés? Por eso estás así.

Cuando la nombrabas se sentía como un *glitch* en la realidad.

—No, nada que ver con Inés. Estoy cansado de vivir, es eso.

—A ver, la vida no es de lo mejor, no te voy a decir que yo soy feliz, así con mayúscula, pero sí te puedo decir que tampoco la pavada. Hay muchas cosas por las que estar vivo.

— ¿Cómo qué?

—No sé, cosas.

—Pero, ¿cómo qué?

—Ahora, por ejemplo, la estoy pasando bien

— ¿Y eso qué tiene que ver?

—Que ahora sería una de esas cosas.

El agua del río era un constante recordatorio de que el tiempo se escurría hacia algo más grande, algo inabarcable. Temblabas y te cubrí con la toalla que no iba a usar. Yo también la estaba pasando bien.

— ¿Ves que no es temporada para meterse al agua? Estás cagado de frío.

—Tenía ganas de no estar más en casa.

En ese momento supe a qué te referías, pero no quise indagar más porque, a veces, escuchar la verdad es como romper un sortilegio de protección. Y no, esto no hacía menos cierto el hecho de que tu papá te cagara a palos cada vez que podía. Y no, esto no cambiaba en nada el que vos me intentaras besar dos semanas antes de que vayamos al río. Y aunque todo eso era verdad, ese día no pregunté más nada y ahora nunca voy a saber si vos sabías que me dolía.

— ¿Trajiste el mate?

—Sí, ahí lo saco.

Tu cuerpito me recordaba a un ciervo, los huesos delimitados bajo la piel llena de lunares y húmeda, semicubierta por las manos que parecían tener aracnodactilia. Me escondí detrás del termo como un pibito avergonzado. Mis reacciones cortantes ocultaban toda la dulzura que te hubiese dado, de haber sido capaz de dejarte entrar. El mate es conexión, pero ese día fue una excusa para esquivar tus ojos verdes que, creía, me acusaban o exigían algo cada vez que

tenían la oportunidad. Te cebé tres seguidos pero el primero fue para mí: así te quería.

— ¿Lo conocías?...Pablo, ¿lo conocías?

Mi mujer dejó de echarle agua al termo y se paró al lado mío mientras me hablaba. Le hablaba a una estatua de Pablo, vestida con la ropa de Pablo, con un diario entre las manos. Un diario con una noticia: “Joven de veintisiete años se ahogó en el Río Luján el martes pasado”. En mi cerebro, un *loop* del beso fugaz que nos dimos mientras estábamos en el auto. Te había llevado hasta tu casa porque era de madrugada y salíamos de una función de trasnoche. Hacía frío, como en otoño, cuando recién salís del agua sin saber nadar, o como ahogarse en ese mismo río cinco años después. El beso más tibio que alguna vez me dieron.

Te quiero amar hasta que los huesos se me hagan polvo, eso te hubiese dicho. Pero nunca lo dije y mi mujer ni te conocía, ni sabía que existías. Y yo era tu único amigo hasta donde supe, tú única esperanza de aprender a nadar. Y no quise mojarme, no me animé. Pero ahora está helado, tanto que creo que para poder nadar tendría que romper el hielo, ese que nunca se le hizo al Río Luján porque en Buenos Aires jamás hace tanto frío. Iría con una masa y golpearía con todas mis fuerzas ese muro acostado, lo haría hasta que ya no quedara nada que nos impida meternos. Y vos me dirías: ¿me enseñás a nadar? Y yo te diría Sí, con mayúscula.



# **Bordes perfectos**

Natalia Brandi



## NATALIA BRANDI

Nació en la ciudad de La Plata en el año 1971. Entre los años 2003 a 2006 participó de los talleres literarios dictados por la Profesora María Marta Bibiloni, y hasta el 2009 asistió al taller de escritura narrativa en el Centro Cultural Borges. Fue alumna de Gabriela Bejerman y de Leopoldo Brizuela, y es egresada de la Carrera de Escritura Narrativa en la Casa de Letras.

Algunos de sus relatos fueron publicados en revistas como La Balandra, diario La Nación y en antologías platenses. Natalia es autora de la novela “Puno” y llevó adelante “Entreactos”, un taller de literatura y plástica en la Sala de Diálisis del Hospital de Niños de La Plata. Actualmente coordina talleres de lectura y de narrativa. “Murmillos en alguna ciudad”, su segunda novela, acaba de ser publicada por Ed. Mil botellas.

## MAGALÍ MARTÍNEZ BARLETTA

Ilustradora | @maga.m.b

Artista visual, encuadernadora y poeta. Reside en la ciudad de La Plata y lleva adelante Marea Gráfica y Diente de perro encuadernaciones. Trabaja de forma freelance y da clases en su taller en San Telmo. Participó de espectáculos como VJ, en diversas publicaciones con su poesía y en diferentes muestras artísticas individuales y colectivas en museos y espacios culturales de La Plata y CABA. Además, integra CAOS Retrovisuales y Femigrabadorxs.



MAGA  
M.B.



## Bordes perfectos

—Está muy rica, Bety, lástima la pinta, a mi vieja las tiritas le quedan perfectas. El último domingo que almorzaron en familia, su cuñado le había dicho que las tiritas de la pastafrola estaban desaparejas. Lo dijo con la boca llena, pasando el dedo índice una y otra vez sobre el borde de la mesa. A ella nunca le cayó bien ese tipo y no le hubiera dado importancia al asunto, pero su cuñado no había terminado de hablar cuando su hermana volcó el mate, “tranquila, mujer”, dijo él sujetándole la mano. ¿Por qué le hablaba así, con ese tono de jefe? Ella no levantaba la vista del mantel frente a la mirada del marido. A Bety la medallita de la virgen le quemó el pecho y el fuego le subió por la garganta. Su hermana se levantó a buscar el trapo rejilla, la siguió a la cocina, intentando tranquilizarla pero ella sólo repetía “el mantel del domingo, el mantel del domingo”.

Esa noche Bety dio mil vueltas en la cama hasta que finalmente se levantó y se preparó un té de manzanilla. Con la taza en la mesa de luz, rezó tres avemarías, dos padrenuestros

y cinco glorias. Terminó el té y apagó la luz. La cabeza le pesaba sobre la almohada y sus pensamientos se cruzaban como voces o gritos de animales. Encendió el velador, se levantó otra vez y volvió a la cocina; sacó las revistas de repostería y se volvió a la cama. Buscaba algún truco para las tiras de la pastafrola. “Hay que ponerlas en el congelador” le dijo de golpe a su marido, pero él ya dormía.

Pasó una semana de aquella visita y ahora Bety coloca la torta de la comunión de su sobrino en el asiento de atrás, acomodando una toalla de mano entre la bandeja y el respaldo, y dos toallones a los costados. Quedó derecha, piensa. Alisa la blonda, le quita una salpicadura de merengue y se sube al auto, su marido está sentado al volante con el motor en marcha. Ella ruega que las ventanillas bajas del Renault tengan suficiente refrigeración para los cuarenta y cinco minutos de viaje hasta llegar a Brandsen, aunque le cueste el *brushing* que se hizo hace un rato y se le pegue el polvo de la ruta en el maquillaje.

—Edu, ¿es idea mía o hace demasiado calor?, se alisa el pelo combando la mano, busca en la cartera un pañuelo y se seca el cuello húmedo. Seca también la cadenita y llega al dije de la virgen, debajo de la blusa. ¿Por qué no arranca de una buena vez? El ronroneo del motor le da dolor de cabeza.

—Se viene el calor. Récord para noviembre, parece, lo escuché ayer, su marido se arremanga la camisa, acomoda el espejo y se estira contra el asiento. Resopla y se aclara la garganta con una tos ronca. Bety lo mira. ¡Qué desagradable esa tos! Por lo menos dejó de fumar, piensa. El coche arranca despacio sobre el empedrado de la puerta de su casa y ella piensa en la torta, que no se tambalee. Estuvo hasta tarde con los últimos

detalles, los bordes no le quedaban tan parejos como quería y no le convencía la inclinación del cáliz sobre las ostias.

Llegan a la avenida 44. En el asfalto se podría aumentar la marcha.

—Dale, Edu, acelerá ruega Bety, casi para sí misma, estrujando los dedos dentro de los zapatos. Anoche tuvo que pedirle a él, que tiene mejor pulso, que recortara el cáliz dorado de mazapán. Después, ella le agregó las tres ostias que había sacado del sagrario con el permiso del cura. Los bordes quedaron perfectos, usó la espátula nueva para pasar la cobertura como había leído en la revista.

Salen a la ruta 205, el sol platea el pavimento y una masa de nubes avanza lento, el cartel anuncia que tienen cuarenta kilómetros por delante. Bety mira las líneas blancas del camino que desaparecen bajo el capó y se le anudan en el pecho. ¿Se olvida de algo? Las servilletas amarillas están, las bandejas para los bocaditos también; las cintas para los floreros, las carpetas de crochet para los centros de mesa.

—Edu ¿pusiste en el baúl la bolsa del súper? ¡Edu! La que estaba en la mesada.

—Está todo guardado— el marido la mira por el rabillo del ojo —¿Te sentís bien, Bety?

—Con mucho calor. Mirá para adelante, Edu.

La bolsa, las bandejas, las servilletas amarillas, las carpetas de crochet. ¿Los suvenires? Estira el brazo hacia atrás, tantea el piso del auto, toca la bolsa con los suvenires, respira aliviada. Se da vuelta y advierte que la torta se acuna con el movimiento del coche. El temblor del cáliz es imperceptible. Se acomoda de nuevo en el asiento. Se alisa la pollera, se mira las

uñas, entrelaza los dedos. Las rodillas se mueven casi igual que la torta, un temblor le sube hasta la boca del estómago. Piensa en preparar mate, mejor no: hace demasiado calor. ¿Trajo agua fresca? Sí, en el otro termo. Se mira las uñas otra vez, se muerde el pellejo de un lado y del otro del pulgar izquierdo hasta sacarse sangre. Ahoga la queja, la piel está más fina ahí, donde se pinchó con el vidrio, el miércoles, en casa de su hermana. Si no se olvida nada, ¿qué tiene? Sabe lo que tiene, aunque no lo quiere ni pensar. La tarde de hoy tiene que transcurrir en paz.

Edu prende la radio, ella mira por la ventanilla. *“Quiero una mujer bien bonita callada que no me diga ná, que cuando me vaya a la noche y vuelva en la mañana no diga ná”*. Las nubes avanzan como un mantel de encaje, el sol lo despedaza, la luz cae deshilachada. Esta visión la estremece. El locutor anuncia lluvias para la tarde noche y da paso a la versión remasterizada de Olga Guillot y Sandro. Edu sube el volumen. Arráncame la vida de un tirón. Ella cierra los ojos, aprieta los párpados ...oblígame a vivir para tu amor... se seca la transpiración de las manos en la falda. Exhibe mi cariño ante la gente... ¿Qué tiene? ¿Qué se olvida? ¡Las tiras! Se olvidó de sacar las tiritas de la pastafrola del congelador.

La señal de la radio va y viene. El ruido del motor, los vidrios bajos, el viento le zumba en la cara, la espalda pegada al respaldo.

—¡Hacé el favor, apagá la radio!— Se desabrocha el cinturón y se da vuelta, ve que la cobertura empieza a transpirar. Se arrodilla sobre el asiento y frota los talones entre sí hasta que los pies se liberan de los tacos. Se levanta la blusa encima de la pollera y se estira.

Alcanza la puerta detrás de su marido y apoya un repasador en el borde del vidrio, después sube la ventanilla. Repite la operación sobre la otra puerta. Las improvisadas cortinas ondean con el viento. Ojalá la comunión hubiera sido el domingo pasado, cuando la masa de los raviolos se le había secado perfecta. Se acuerda porque fue el día de las tiras de la pastafrola.

Esa noche, Bety, después de descubrir el truco de las tiras de la pastafrola, se puso a mirar las revistas. Medio dormido aún, Edu se quejaba por la luz, Bety cubrió el velador con una pañoleta y se ubicó en el borde de la cama, interpuso un almohadón entre ambos. Eran siete los fascículos de primera comunión, los leyó todos pero no se decidía si angelito, cáliz o capilla. Si pasta almendra, pasta de azúcar o *buttercream*, le lloraban los ojos. Un cosquilleo en el estómago la obligaba a permanecer sentada con las revistas sobre las rodillas. Se decidió por el cáliz; apagó la luz, dejó lo que estaba leyendo a los pies de la cama, rezó tres avemarías y se durmió. Un calambre en la pierna la despertó. Se masajeó el gemelo, giró el tobillo y volvió a dormirse. Alternaba su cuerpo boca arriba, boca abajo, se despertó otra vez con la boca pastosa. Se pasó la lengua por los labios; la luz de la calle rebotaba en la puerta del placard apenas entreabierta, provocando una sombra larga y extraña. Cerró los ojos, su marido exhalaba un suspiro ronco, se alejó de él. Se aferró al borde de encaje del camisón, jugando con los dedos en la tela. La percepción de su piel la tranquilizó. Se acomodó de costado, soltó la ropa y se durmió.

Un hombre la persigue entre los bancos de la parroquia. Tiene el pelo engominado hacia atrás, le resalta la nariz de



chanco, un ojo verde y el otro celeste. Ella se esconde debajo del altar. El mármol la estremece y el mantel de encaje tiembla, se acurruca contra una de las patas. Unos hilos le rozan la oreja, sacude el cuello, gira la cabeza, ¿qué tiene?, ¿qué hay? Es el borde del mantel. Se abraza las rodillas. Silencio. El corazón retumba, golpea contra las costillas, retumba en la espalda. Siente un calor detrás, en la nuca, es el hocico de un animal, un chillido ronco. El campanario se acciona, la aturde. Se tapa los oídos. El mantel vibra, los agujeros del encaje se estiran, se deforman. Asoman unos dedos, rompen la tela. El hombre es un jabalí embarrado. Ella se arrastra, baja los escalones del altar. El animal la sigue, le araña un tobillo, Bety se levanta y grita. El grito se traga los bancos, el altar y la cruz. El gruñido del animal le lame el vestido, ella corre y se mete en el confesionario, encuentra a su hermana detrás de la cortina de terciopelo violeta.

Bety le alcanza el mate a Edu, ahora el sol les pega de frente, pero al menos la torta tiene sombra. En cambio, a ella, el *brushing* se le está desarmando. Las pestañas cargadas de rímel le pesan, se le pegotean. Se despega el dije caliente de la piel y acomoda a la virgen sobre la blusa. Al rato le dan ganas de hacer pis.

Bajo los espinillos la sombra la apacigua. En cuclillas se sostiene el ruedo para no mojarse y ve cómo el pis le cae de lleno a una hormiga, la aplasta. La hormiga da tres pasos y se queda inmóvil y mojada. La que iba delante de ella retrocede y apunta con las antenas. Bety vuelve al auto, piensa en la hormiga que se quedó sola mirando a la otra cubierta por un líquido desconocido y siente un nudo en la garganta.

—Este calor no se soporta— dice mientras estira la

pollera entre la cola y el asiento. Le gustan las telas bien lisas en las superficies, sin arrugas. Su hermana plancha las sábanas con apresto, ella no.

La mañana después de la pesadilla despertó muy temprano, se puso la misma ropa del día anterior para no perder tiempo y salió a tomarse el 273 hacia lo de su hermana. Sentía una necesidad inexplicable de verla, tal vez fuera el efecto emocional del sueño. En el viaje se la pasó deslizando el dedo por el borde de la ventanilla, hasta que tocó un chicle y le dio asco. Cuando el colectivo pasó delante de la catedral se persignó y un escalofrío le recorrió la espalda, fue un latigazo que la obligó a levantarse del asiento y hacer el resto del viaje de pie. Su hermana abrió la puerta y la saludó con un beso en silencio.

—¿Qué hacías?— le preguntó, siguiéndola hasta la cocina.

—La cama— le contestó su hermana mientras ponía el agua para el mate —¿Qué hacés tan temprano por acá? — Echaba el agua en el termo y la miraba detrás del vapor, achinando los ojos como si fuera la primera vez que la veía.

—Vine por la torta...— no sabía qué decirle. ¿Había estado llorando? ¿Qué tenía?

El tiempo se detuvo. Se escuchaba el colectivo por la avenida, dos perros que ladraban y el anuncio afónico del camión que compra chatarra. Un par de bocinazos y la música saturada desde un coche. Adentro, silencio.

—El nene duerme —¿Me ayudás con la cama?

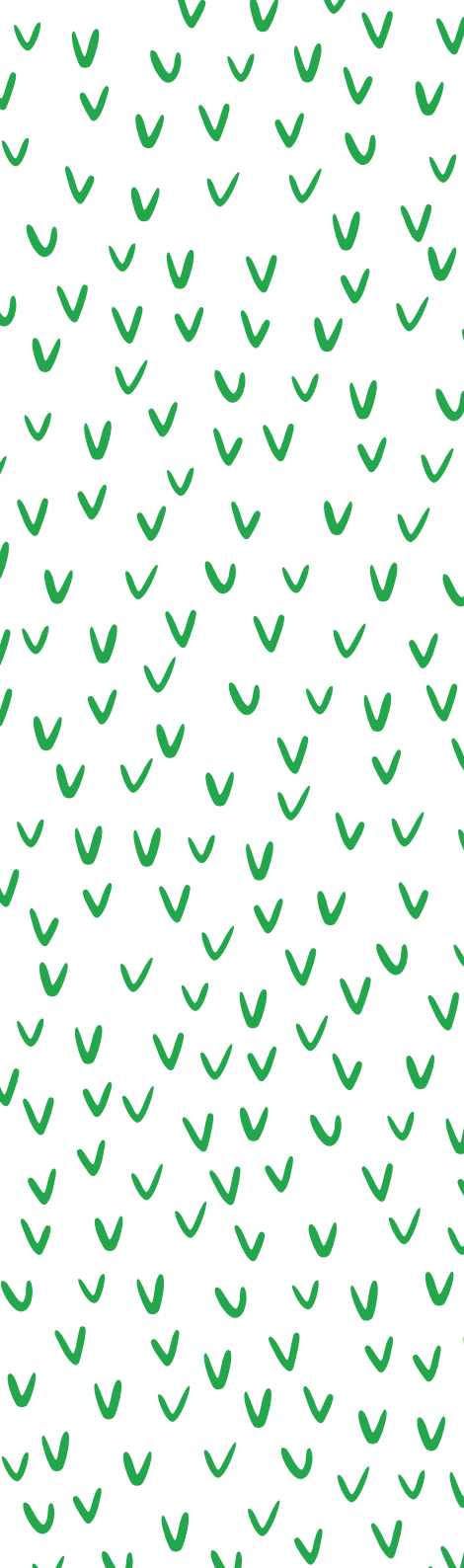
Bety agarró el mate y el termo y la siguió hasta el dormitorio. Apoyó las cosas sobre la cómoda y enderezó el portarretratos con la foto del casamiento en la que él la sostiene

abrazada por la cintura, los dedos escondidos en el encaje del vestido de novia.

Por la ventana que daba al patio vio al perro, le pareció raro porque estaba siempre adentro. Se acercó a la ventana, sintió olor a masilla fresca. Pasó el dedo por el borde del vidrio, todavía tenía marcas. Cuando se agachó para meter la sábana debajo del colchón se pinchó el dedo. Fue un pinchazo agudo y enseguida el calor metálico de la sangre. Levantó el colchón y vio una escama de vidrio. La sacó y se la mostró a su hermana. Ella pestañeó varias veces y se quedó mirando la ventana como si no quisiera sacar la vista de allí.

-Un pelotazo -dijo sin mirarla, mientras Bety se chupaba la gota caliente del dedo.

El cáliz tiene derretido los bordes y una de las ostias se patina hasta dar contra los agujeritos de la blonda, Bety no le quita los ojos de encima. El pecho apoyado en el respaldo caliente, los mechones duros por el spray le golpean las orejas. El polvo forma una niebla sutil en el interior del auto, Edu tose. ¡Ay dios mío!, piensa Betty, con la náusea entre el respaldo y el pecho. El marido gira, sale de la ruta y toma el camino de tierra. El cambio de sentido la hace marear y un leve temblor despega un costado de la cobertura. Llegan a la quinta de alquiler. La hermana viene caminando desde la otra punta del parque, el marido la intercepta por detrás, le cruza el brazo sobre el pecho, enterrando los dedos en el lado contrario de la cintura. Juntos abren la tranquera. El auto se detiene, el polvo baja y se deposita sobre la torta.



## Seguir contando

Decíamos el año pasado que presentábamos una política cultural del Ministerio que tendría continuidad. Aquí estamos prologando la segunda edición del concurso “Ellas no fueron contadas”, con la alegría que representa la impresión de un libro.

Recuperar historias de personas significativas en las comunidades, reconstruir la propia experiencia y narrar desde las ficciones con perspectiva de género es una convocatoria que crece, y está produciendo materiales que vinieron para quedarse en nuestra memoria, acervo e identidad colectiva bonaerense.

**Estela Díaz**



IMPRESO EN IMPRIMERÍAS DEL ESTADO BUENAIERENSE

MINISTERIO DE  
LAS MUJERES,  
POLÍTICAS DE  
GÉNERO Y  
DIVERSIDAD  
SEXUAL



GOBIERNO DE LA  
PROVINCIA DE  
**BUENOS  
AIRES**